
BOLSILIBROS BRUGUERA
Selección
TERROR
BURTON HARE
LA NOCHE DEL DIABLO


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

244 — Camino a ninguna parte, *Clark Carrados*.
245 — El embrujo de Satán, *Burton Hare*.
246 — Han llegado los espectros, *Ralph Barby*.
247 — La doble vida de John Parr, *Clark Carrados*.
248 — Club para gente encantadora, *Lou Carrigan*.

BURTON HARE

LA NOCHE DEL DIABLO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 249
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 38.320 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

La niebla se alzó de las marismas como un grueso manto gris, fue alargándose, flotando en el quieto aire del crepúsculo y llegó al pueblo.

Lo envolvió precipitando así las negras sombras de la noche sobre las calles y las casas, haciendo que sus habitantes cerrasen puertas y ventanas, corrieran cerrojos y colgaran cruces en todos los huecos.

—Es la víspera del diablo —decían las gentes en voz baja.

Arropaban a los niños, los custodiaban hasta comprobar que habían conciliado el sueño y luego se reunían en torno a la lumbre.

Apenas hablaban. Parecían concentrados en sí mismos, en sus pensamientos, en sus espantos.

Era la víspera.

Pero la niebla estaba allá fuera, pegándose a las paredes, filtrándose por las rendijas como pequeños fantasmas, y ahogaba todo sonido, si es que había alguno fuera de las casas de Shadow Town.

Incluso el rumor de la resaca al batir contra el roquedal del acantilado, que durante el día y la noche, atronaba el silencio, se ahogaba ahora, como alejándose cual si el mar se hubiera aquietado por única vez en iodo el año, quedándose tan muerto como un lago.

Algo flotaba con la niebla. Quizá el temor de todas aquellas gentes. Quizá algo más siniestro. Nadie quería salir y averiguarlo.

Ninguna luz peleaba con la oscuridad, y así el reino de las tinieblas envolvió pronto las casas oscuras, las calles y Ja plaza, y allá abajo, en el pequeño muelle donde la niebla ahogaba poco a poco al mismísimo faro, la humedad no reflejaba siquiera las pupilas de un gato que, despistado, se había quedado a la caza de un ratón que gracias a las oscuridad acababa de librarse de su fatal destino,

Las barcas de madera se mecían sujetas a sus amarras. Crujían cual una queja sombría a cada embate de las olas, y los sencillos aparejos de pesca entrechocaban de vez en cuando, como luchando por romper el espeso silencio con sus ruidos de metal.

La niebla de las marismas chocó contra la que venía del mar. Se abrazaron, fundiéndose, haciéndose más densas.

Engulleron el pueblo en esa víspera del mal.

Y el pueblo esperó.

No podía hacer otra cosa.

* * *

La posadera sirvió el vino a la pareja. Era una mujer que empezaba a redondearse en los lugares donde no habría querido, y que aún conservaba ciertas ideas sobre el cuerpo, el sexo, el amor y la belleza.

Quizá por todo eso, demostraba una especial atención a la joven pareja. Tal

vez no sabía a cuál de los dos admirar más, si al hombre, de anchos hombros de oíros tiempos, o a la bellísima muchacha de rubios cabellos y cuerpo repleto de unas curvas como ella no había poseído jamás a pesar de sus esfuerzos.

—Vienen en mala temporada —comentó, para prolongar un poco más su proximidad con aquel hombre que la fascinaba—. Apenas luce el sol y los días son cortos y fríos,

—No pensamos quedarnos aquí —explicó el viajero—. Queremos llegar cuanto antes a Shadow Town.

La mujer dio un respingo.

—¿Qué esperan encontrar allí? Desde hace años, ya no van ni los turistas que solían frecuentarlo para pescar.

—¿Por qué?

—Bueno, no son gentes muy hospitalarias. Eso, los pocos que quedan, porque buena parte de sus habitantes emigraron del pueblo. La mayor parte de las casas están vacías y cayéndose en pedazos. Sí, son unas gentes muy raras.

—Tenemos entendido que se trata de un pueblo de pescadores...

—Lo son, pero no gustan de los forasteros.

—Sí que resultan unas gentes curiosas. Cualquiera pensaría que agradecerían la presencia de visitantes. Después de todo, tendrían así buenos ingresos, aparte de la pesca.

—Mo necesitan mucho para vivir, usted sabe...

La conversación languideció y la posadera les dejó que acabasen su cena en paz.

La bellísima muchacha murmuró:

—Esa mujer quiere que nos quedemos aquí, en lugar de ir a ese pueblo. No debe tener muchas oportunidades de hacer negocio.

—No me he atrevido a preguntarte por Paul. Pienso que si realmente ocurre algo extraño aquí, la pondríamos sobre aviso. •

—Bob, yo sigo pensando que Paul se complicó en algún lío de mujeres. Ya sabes cómo es... a pesar de que su última carta resultaba más que extraña.

—¿Tú crees, debemos hablarle a esta mujer o no?

Evelyn esbozó una sonrisa llena de picardía.

—En todo caso, háblale a solas.

—¿Por qué?

—¿No te diste cuenta de cómo te mira?

—¿Qué?

—La has impresionado, querido.

—Tonterías. Estoy hablándote en serio, nenita.

—Yo también, amor mío. Pero esa dama está en la frontera crítica de la mujer. 0 es viuda, o soltera frustrada. No me sorprendería que te invitara a visitar su alcoba esta noche.

—Esa sería una proposición a tener muy en cuenta, sobre todo, pensando que tú eres un adefesio sin ningún atractivo. ¿Qué te pasa, has bebido

demasiado vino o qué?

Ella rió y hubo chispitas de luz en sus pupilas doradas.

—¿No te gustaría?

El resopló.

—Habría de pensarlo —dijo con sorna—. Si la comparo contigo ella se lleva el premio.

—Harás que sienta complejo. ¿Qué decides?

—¿Sobre acostarme con ella?

—No, tonto. Sobre hablarle de Paul.

—Cuando vuelva se lo diré. Aunque según la última carta que escribió, dijo que pensaba ir a Shadow Town y descifrar allí algo de lo que le habían hablado. Si lo hizo no debió quedarse en esta posada mucho tiempo.

—Pero quizá esa mujer sepa lo que buscaba Paul. Si te detienes a pensar en ello, Paul es atractivo a su modo un tanto romántico.

—Ya vuelves a las andadas. ¿Qué imaginas, que la buena posadera se acuesta con todo lo que lleve pantalones?

—Aún está de buen ver, así que debe seleccionar sus preferencias, por eso pienso que se fijó en Paul, y él en ella. Mi condenado hermanito es especialista en meterse en líos de esta clase.

—Debe haber algo más. Un hombre no desaparece sólo por perder la chaveta por las mujeres.

—Quién sabe...

Por la puerta que comunicaba con las dependencias interiores apareció de pronto una muchacha. Les miró de soslayo, antes de meterse detrás del mostrador para preparar alguna bebida.

Era una chica muy joven, y aunque llevaba un vestido informe que desdibujaba las líneas de su cuerpo, se adivinaban firmes y atractivas, como atractivo habría sido su rostro si ella se hubiese tomado la molestia de peinarse con cuidado, y borrar de sus bonitas facciones una indefinible expresión de tristeza.

—Dile que queremos hablar con la posadera, Bob...

—Ya vendrá.

—¿Por qué nos mirará de ese modo?

—No debe ver muchos forasteros por aquí.

La sirvienta salió del mostrador y antes de desaparecer por donde había entrado, ladeó la cabeza y volvió a dirigirles su penetrante mirada. Luego se fue y la cortina quedó oscilando.

Acabaron la cena y él encendió dos cigarrillos, pasándole uno a Evelyn, Se quedó mirándola y sonrió para sí.

--Pienso que tu hermano es un gran tipo —dijo inesperadamente,

—¿A qué viene eso?

—Gracias a él hemos tenido esta oportunidad de tomamos unas cortas vacaciones. Quiero decir, que gracias a Paul estamos juntos, lejos de los chismosos de la ciudad y con unos días de maravilla por delante.

—A ti nunca te preocuparon mucho los chismosos de ninguna clase.

La posadera reapareció con unos cafés. Sus ojos brillantes se iban solos hacia aquel hombre del que parecía desprenderse un torrente de vitalidad,

Robert Lester le sonrió amablemente.

—Quisiera hacerle una pregunta —dijo.

—¿Sí?

—¿Recuerda usted a un huésped llamado Paul Gadney?

Ella dio un respingo.

—¡Naturalmente! —exclamó—. Se alojó aquí...

Su voz se extinguió y una sombra de nostalgia pasó por su mirada.

—¿Mucho tiempo?

—Apenas unos días... Hace más de una semana que se fue, y a pesar que prometió volver, no So hizo, ¿Son ustedes amigos suyos?

—La señorita es su hermana. Precisamente hemos venido en su busca.

—Comprendo. Paul me dijo que pensaba ir a Shadow Town, pero debe haber regresado sin detenerse aquí.

—¿Qué le hace pensar que volvió?

—No se me ocurre otra cosa. Paul es un caballero muy bullicioso, y en el pueblo no creo yo que encontrase un solo motivo de distracción.

—Pero usted no le vio regresar, ¿eh?

—Desde luego que no.

—¿Sabe si mientras se alojó en esta posada tuvo alguna visita, alguna relación especial con alguien?

—Pues no... hablaba con todo el mundo porque es un caballero muy... Bueno, ya deben saber ustedes cómo es. Pero no observé que intimara con nadie.

—¿Tampoco le habló a usted del motivo que le impulsaba a ir a Shadow Town?

La mujer sacudió la cabeza. Pero luego añadió:

—No lo dijo. Pero ahora que vuelvo a pensar en ello, se me ocurre que cuando tomó la determinación de ir al pueblo lo hizo un tanto preocupado. Me pareció que había perdido buena parte de su jovialidad, si saben lo que quiero decir.

—Creo que sí.

Evelyn comentó:

—Debió ser en esos momentos cuando me escribió aquella carta.

La posadera comenzaba a preocuparse.

—¿Quieren decir que no han vuelto a saber nada de él desde que se marchó de aquí?

—Nada en absoluto.

—Debió quedarse en Shadow, y me gustaría saber por qué. No es un lugar que tenga atractivos para la gente joven. Ni para los mayores tampoco, dicho sea de paso.

Un tanto desconcertada, la mujer se despidió regresando a las

dependencias interiores.

Evelyn murmuró:

—Empiezo a pensar que ese pueblo debe ser un lugar bastante sombrío, a juzgar por la opinión de la posadera.

—Algo debe tener para haber retenido a Paul tanto tiempo. Por lo menos, ese misterio de que él habló.

—Tú no crees que haya podido sucederle nada malo, ¿no es cierto, Bob?

—¿Cómo puedo saberlo?

Apuraron los cafés.

Antes de retirarse a su cuarto, vieron aún a la sirvienta de rostro triste, que rehuyó sus miradas sin el menor disimulo.

Robert Lester comenzaba a pensar que quizá el misterio que tanto atrajo a Paul empezaba justamente en la posada...

CAPITULO II

La niebla era ya un manto impenetrable a través del cual nada podía descubrirse. Cuando llegaba esa noche la niebla formaba parte del miedo, y al tiempo que engullía las casas parecía engullir también los corazones de las gentes del pueblo, como paralizándolos, como dejándoles sin latido en una suerte de suspensión temporal que sólo tendría fin cuando hubiera terminado el horror.

Los que estaban sentados en torno a la lumbre de los hogares comenzaban a ver rostros y siluetas monstruosas, corros de un infierno sólo imaginado, bailoteando entre las llamas.

Los que estaban ya en sus camas oían el aullar del viento en su lucha perdida con la niebla, que arrancaba crujidos al viejo vigamen de las casas, batía los postigos casi arrancados de las que estaban abandonadas y vacías, y en el ulular del vendaval creían oír voces del infierno, del tenebroso mundo de las maldiciones, del que no se librarían hasta que los muertos regresaran a la negra sima de donde venían...

En esas horas pavorosas de las noches del mal, nadie dormía. Todos aguzaban el oído mientras mentalmente pasaban revista a los cierres de puertas y ventanas, tratando de recordar si habían sido asegurados. A la menor duda, se levantaban y corrían a comprobarlo.

Las mujeres se arrebujaban contra el cuerpo rígido de su marido, y esas noches sus estremecimientos no eran de deseo ni de amor, sino de espanto, y buscaban en el contacto duro de otro cuerpo el calor y la seguridad, la sensación viva de un amparo entre las mantas.

Las sombras en las paredes llevaban a la imaginación de las gentes imágenes horrendas, visiones avernales como el ojo humano no ha captado jamás. Rostros sin forma surgían de los rincones y se sostenían en el aire, como escapados del abismo grave y siniestro donde nacen los terrores que pudieran haber sido y no fueron jamás.

Si el viento arrastraba un podrido madero, el ruido hacía que quien lo oía contuviera la respiración. Podían ser pasos de quienes ya no andan, crujidos de una osamenta vagando desesperada en busca de otra vida.

El maullido de un gato era el gemido de un alma condenada a las tinieblas.

No obstante, lo que temían no producía sonido alguno, no se quejaba porque no tenía voz. En la sublimación del espanto que en las noches del mal flotaba en la niebla y el viento, eran los ojos muertos que buscabais vivir en una orgía sin nombre.

* * *

Evelyn se enfundó el turbador camisón y volviéndose miró con reproche a Robert Lester.

—Me fascina estar en tus brazos —murmuró—, pero me saca de quicio que me mires de ese modo cuando me desvisto...

—No me perdería el espectáculo por nada de este mundo.

—Eres un cínico.

—Tú no me querrías si fuera de otro modo.

—Eso es algo que me gustaría comprobar.

La muchacha se deslizó entre las sábanas. Su cabellera dorada se desparramó por la almohada como un raudal de hilos de oro.

Bob se inclinó sobre ella, besándola suavemente en los labios, tiernos y apasionados a un tiempo.

Evelyn sonrió.

—¿No preferirías hacer los honores a la posadera, en lugar de perder el tiempo aquí?

El pareció pensarlo a fondo. Hizo una mueca.

—Es algo a tener en cuenta —dijo—. Sobre todo si tú no dejas de hablar y me permites besarte como es debido...

La abrazó. En la rústica habitación de la posada, la luz débil del quinqué creaba zonas donde las sombras danzaban el lento ritmo de la fantasía lúgubre de las tinieblas.

De pronto, Evelyn se estremeció.

—¿Qué fue eso? —musitó, con los labios aún apretados contra la boca de él.

—¿Qué?

—Oí un roce en alguna parte...

—Fantasmas.

—No bromees. Oí algo.

—Los fantasmas son unos fisgones. Quieren ver cómo hacemos el amor.

—¡Calla!

Ahora, él se puso tenso y despacio se apartó de la muchacha, un tanto desconcertado.

—¿Oíste? —jadeó Evelyn.

—Sí, en la puerta...

Saltó de la cama como impulsado por un resorte. En un instante se ajustó los pantalones y descalzo como estaba se acercó a la sólida puerta de viejo roble.

En aquel instante, el ruido se repitió. No era un roce, sino la llamada apenas audible de alguien que estaba al otro lado. Como si quien fuera tuviera miedo de que le oyeran.

Evelyn se cubrió hasta el cuello con la sábana. Bob Lester agarró el tirador y abrió bruscamente.

Casi saltó hacia atrás al ver la imprecisa figura que se confundía con la oscuridad del pasillo.

—¿Quién diablos...?

Hubo un leve siseo pidiéndole silencio y luego la figura avanzó con pasos

quedos.

—Cierre la puerta, aprisa... por favor...

El obedeció casi sin darse cuenta, estupefacto al reconocer a la joven sirvienta que ya vieran en el comedor.

—¿Qué hace usted aquí a estas horas? —balbuceó, porque la situación le desbordaba.

La muchacha llevaba un tosco camisón que la cubría del cuello hasta los pies. Su bonita cara estaba lívida y en sus ojos burbujeaba el miedo.

—Tenía que advertirles —jadeó.

Miró aturdida hacia la cama. Después, su mirada se posó sobre el amplio tórax desnudo de Lester un leve rubor subió a sus pálidas mejillas.

—¿De qué tienes que advertirnos?

—No vayan al pueblo...

—¿Te refieres a Shadow Town?

Ella cabeceó.

—No vayan —repitió en un susurro—. Por lo menos, hasta dentro de unos días...

—¿Por qué? Pensamos dirigimos allí mañana después del desayuno.

—¡Oh, no, mañana no...!

—Pero ¿por qué no? Debes tener una razón para decir eso.

—No puedo... No puedo decirles nada, sólo que no vayan.

De pronto, a él le asaltó una idea.

—¿Le pediste lo mismo a Paul Gadney?

Ella se estremeció.

—Sí —susurró—. No quiso escucharme.

—Vayamos por partes. ¿Qué hay en ese pueblo, algún peligro?

—Algo horrendo.

—¿Qué es ello?

La muchacha sacudió la cabeza.

—No puedo... Atraería la muerte sobre mí si hablase, pero si quiere usted a la señora, no la lleve a Shadow Town.

Desde la cama, Evelyn murmuró:

—¿Usted cree que a Paul Gadney le ha sucedido algo malo, por ir a Shadow Town?

—No volverá jamás.

Evelyn casi saltó fuera de la cama.

—¿Por qué no? ¡Tiene que explicamos qué le ha sucedido!

—No lo sé. No quiero saberlo...

—¡Pero se trata de mi hermano!

La muchacha miró en tomo despavorida.

—¡No levante la voz, por piedad! —Musitó con un terror profundo en toda su actitud—. Yo sólo quiero ayudarles.

—Debes comprender que todo esto no tiene sentido —dijo Bob, incrédulo —. Por tu actitud, deduzco que tienes miedo a algo sobrenatural, misterioso.

¿Es así?

—No es de este mundo.

—Ya veo. Y ése es el peligro que tú crees que amenaza a PauI, y a nosotros si vamos allí.

Ella volvió a mirarlos con aquellas pupilas en las que anidaba el miedo.

Hubo un largo silencio.

Instantes después, en alguna parte lejana, un perro aulló largamente, lúgubre.

Estremeciéndose, la joven sirvienta repitió:

—¡Deben creerme, no vayan...!

Giró sobre los pies y antes que pudieran hacerle otra pregunta saltó hacia la puerta, la abrió y desapareció en la oscuridad del pasillo.

Desconcertado, Bob Lester cerró, y de modo instintivo corrió el cerrojo.

Evelyn estaba muy pálida.

—¿Por qué habrá dicho eso, Bob?

El se encogió de hombros.

—Todos esos lugareños son supersticiosos por naturaleza —gruñó.

—Pero esa muchacha estaba aterrorizada ante la sola idea de que fuéramos allí.

—No vayas a creer en fantasmas tú también —dijo él, un tanto fastidiado.

—Hay un hecho cierto, no obstante...

—¿Cuál?

—Paul no volvió de ese pueblo, ni supimos una palabra de él desde que abandonó esta posada.

—Puede haber docenas de explicaciones para ese silencio por parte de tu hermano. Yo siempre dije que tiene la cabeza llena de grillos.

—No bromees, Bob. Tengo miedo, aunque te cueste creerlo.

—Para eso tengo un remedio infalible.

Se sentó en la cama y la abrazó contra su pecho. Por un instante la miró al fondo de los ojos, sonriendo.

—¿Mejor así?

—Sigo teniendo miedo. Me fijé en la mirada de esa pobre chica y estaba aterrorizada, sentía auténtico terror a algo o a alguien.

—De acuerdo, yo también lo advertí, pero eso sólo puede ser debido al temor supersticioso que la domina. Apuesto que si le preguntamos resultará que cree en fantasmas, aparecidos y muertos que andan.

—¡No digas estas cosas!

—Pero, nenita, eso son sólo supersticiones, creencias de gentes incultas.

—Pero ¿y si hubiera realmente algo peligroso, Bob?

—Si lo hubiese, sería algo concreto, de este mundo. Y para eso habría de ser algo muy grande para que me hiciera desistir. De todos modos, si tienes miedo, mañana puedes quedarte aquí y yo iré solo a ese interesante lugar. Si encuentro a Paul volveremos juntos, y si no está allí por lo menos podré averiguar cuándo se fue * y por dónde.

—No dejaré que vayas solo...

—Piénsalo, pero no ahora. Sean fantasmas, trasgos, monstruos de otro mundo o demonios escapados del infierno, no les permitiré que nos estropeen la noche, así que...

Volvió a besarla y se sorprendió al notar el frío de aquella boca que poco antes era una llama.

—Tranquilízate —murmuró—. De cualquier modo que sea, el misterio está en el pueblo, no aquí. Quiero decir que en esta posada estamos a salvo, tú y yo, con toda la noche por delante.

De nuevo, ella descansó la cabeza en la almohada y durante unos instantes Robert estuvo mirándola con ternura, infundiéndole confianza.

Al fin la besó, y esta vez la boca de la muchacha respondió a la caricia y se convirtió en un volcán de fuego y pasión.

El abismo de amor en que se hundió poco después, hizo que Evelyn olvidara los oscuros temores y la incertidumbre, para vivir solamente aquellos instantes de absoluta plenitud...

CAPITULO III

La despertó el horrible alarido que vibró en lo más profundo de sus sueños.

En el primer instante, Evelyn pensó que aquel horrible grito había sido fruto de su imaginación, tal vez de una pesadilla.

Descubrió que tenía la cabeza apoyada en el pecho de Robert y permaneció muy quieta por temor a despertarle.

Entonces oyó voces excitadas y escuchó con todos los sentidos alerta.

Sonaban pasos en las escaleras, pasos apresurados, y voces que a pesar del cuidado de quienes hablaban rompían el silencio nocturno de la posada.

Decidiéndose, despertó a Lester y susurró:

—Ha ocurrido algo terrible, Bob...

—¿Qué pasa, tienes pesadillas?

—Escucha...

El tendió el oído y enarcó las cejas en la oscuridad.

—¿Qué alboroto es éste? —gruñó.

—Oí un grito terrible. Después, todas esas voces...

Unos golpes en la puerta la interrumpieron.

De muy mal talante, Robert exclamó:

—¿Qué ocurre?

—¿Están ustedes bien?

Era la voz de la posadera y sonaba asustada.

—Perfectamente —replicó—. ¿Sucede algo?

—Oímos un grito. No sabemos quién lo profirió ni dónde, señor..

—Un momento, saldré en seguida.

Se vistió rápidamente. Evelyn le imitó con gestos nerviosos, y cuando abrieron la puerta vieron a la posadera y a tres hombres agrupados en el pasillo, como almas en pena.

Uno de los hombres sostenía un quinqué. Todos tenían cara de susto.

Nerviosamente, la posadera presentó a los hombres como otros tantos huéspedes y luego dijo:

—Excepto los dos mozos y la sirvienta, no hay nadie más en la casa. ¿No oyeron ustedes el grito?

Evelyn asintió.

—Yo sí —dijo con voz que temblaba—. Fue algo espantoso.

—Habría que comprobar si esos empleados suyos están bien, señora —aventuró Lester.

—Tienen habitaciones en la parte posterior..., pero no me atrevo a ir sola.

—La acompañaremos, naturalmente.

Apenas se habían puesto en marcha cuando oyeron pasos apresurados en la planta baja. Lester se asomó por la escalera y descubrió a un hombre a medio vestir.

La luz de un quinqué iluminó su cara cuando la levantó hacia arriba. La

posadera se asomó también y exclamó:

—¡Lamont! ¿Qué ha pasado, quién gritó?

—Debió ser Patricia..., pero ni ella ni James responden, aunque les he llamado a gritos. Y sus habitaciones están cerradas con llave.

Lester descendió precipitadamente.

—Vamos a verlo y saldremos de dudas.

Casi en fila india recorrieron un dédalo de pasillos hasta el ala del edificio donde se ubicaban las dependencias de servicio.

—Esta es la habitación de Patricia —señaló el mozo.

Lester llamó ruidosamente sin obtener la menor respuesta. Probó el tirador y sacudió la puerta. Estaba cerrada.

—¡Ayúdenme!

Tomaron impulso, y él y dos hombres más se abalanzaron contra la madera. La puerta crujió, y al segundo envite se abrió de golpe.

La habitación estaba en tinieblas. Lester se apoderó del quinqué que sostenía uno de los huéspedes, entrando resueltamente.

El cuarto estaba desierto, aunque las ropas de la cama aparecían revueltas. Sobre una silla había las ropas que la muchacha había llevado puestas mientras estuvo de servicio, durante la cena.

—No puede haber salido desnuda —gruñó, abriendo el armario.

Vio algunas otras prendas colgadas allí, pero nada más.

En aquel momento, la posadera exclamó, asustada:

—¡Miren!

Señalaba el suelo, al lado de la cama. Lester y los demás se inclinaron para observar unas pequeñas manchas rojas.

—¡Sangre! —exclamó.

Tocó una de las manchas, comprobando que estaba líquida aún.

Durante unos instantes se miraron desconcertados.

Luego, el joven gruñó:

—Veamos la habitación del otro hombre, que no responde tampoco...

Se vieron obligados a violentar también aquella puerta, sólo para comprobar que la habitación estaba igualmente desierta, con la cama intacta y todo lo demás en perfecto orden.

Evelyn balbuceó:

—¿Adonde pueden haber ido a estas horas...?

Lester le rodeó la cintura con su brazo. Volviéndose hacia la posadera indagó:

—¿No se le ocurre a usted nada? Debe conocerlos bien. ¿Existía algo entre ellos dos?

—¡En absoluto! Patricia es una joven muy retraída, introvertida. Nunca admitió que ningún hombre se tomara libertades con ella.

El mozo gruñó:

—Es muy arisca. Y parece siempre tan triste que uno ni siquiera intenta propasarse.

—Lo cual descarta que hayan salido juntos, a estas horas de la noche —murmuró la posadera.

—Quizá ella no salió voluntariamente. Recuerden esas manchas de sangre —gruñó Robert Lester, ceñudo—. Es posible que hubiera una corta pelea antes de que la muchacha saliera de su cuarto.

—¿Y si registrásemos toda la casa? —Propuso uno de los huéspedes—. No pueden haber llegado muy lejos en tan poco tiempo. Me pregunto si no estarán ocultos en alguna parte...

—Podemos hacerlo, dividiéndonos en dos o tres grupos.

Una hora más tarde estaban convencidos de que los desaparecidos habían abandonado la posada. No pudieron encontrar el menor rastro ni del hombre ni de la muchacha.

Flotaba en el ambiente esa sensación intangible de la tragedia sólo vislumbrada, inducida por aquellas manchas de sangre al pie del lecho de la joven sirvienta desaparecida.

Uno de los huéspedes comentó:

—Ya no cabe duda que salieron de la posada, de manera que no hay nada que nosotros podamos hacer.

—Por lo menos, hasta que amanezca —gruñó Lester, sumamente intrigado —. Entonces quizá encontremos sus huellas, o más manchas de sangre en el exterior.

Nadie replicó y pocos minutos después estaban de nuevo en sus habitaciones.

Evelyn cerró con llave y, al volverse, preguntó:

—¿Qué piensas de esas desapariciones, querido?

—No hay mucho en que pensar, sólo que la muchacha no salió por su propia voluntad.

—Me pregunto si lo que le haya sucedido habrá sido provocado por lo que nos dijo. Recuerda que estaba aterrorizada ante la idea de que pudieran descubrir que nos advertía...

—Pudiera ser.

—Y su profunda tristeza... Incluso ese empleado lo ha confirmado. No es lógica en una muchacha joven y bonita.

Robert Lester refunfuñó entre dientes. El desconcierto le impedía emitir juicios sobre algo que no alcanzaba a comprender.

El resto de la noche transcurrió entre una duermevela inquieta, en la que ninguno de los dos se sintió con ánimos de volver a experimentar las sensaciones de sus juegos amorosos.

CAPITULO IV

El alba se insinuó trabajosamente por entre la densa niebla. Fueron perfilándose las siluetas de los tejados oscuros, de las casas cerradas donde las gentes seguían acurrucadas, rogando por que llegara pronto el día y ansiando que pasara la siguiente noche.

Las casas se fueron dibujando como turbios relieves entre la niebla. Tanto las que estaban habitadas como las otras, vacías, destartaladas, abandonadas como un mal sueño. En éstas, puertas y ventanas eran huecos sombríos que crujían con el viento, o chirriaban y golpeaban las paredes sus postigos casi arrancados.

Eran tristes despojos que un día tuvieron calor, y vida, y abrazos de deseo y de amor en sus lechos, y risas de niños que se habían ahogado para siempre en el pantano del miedo, en la huida y el abandono.

El alba se insinuaba, ciertamente, en una lucha desesperada contra el manto gris que se resistía a abandonar su presa. Fue por entre la humedad chorreante de la niebla donde apareció la extraña silueta avanzando con dificultad. Sus pies arrancaban crujidos en los guijarros del suelo.

Era un hombre que llevaba a una mujer inerte en sus brazos. La cabeza de la desvanecida muchacha colgaba bamboleándose a cada paso, con los largos cabellos sueltos ondeando al viento.

El hombre bordeó las primeras casas, eludiendo entrar en la calle. Pasó junto a aquella cuyo tejado se había hundido semanas antes, cruzó entre los cascotes de una pared caída también en una noche de viento huracanado, y se detuvo ante la sólida puerta de otra que, como todas las de ese lado del pueblo, estaba también deshabitada.

No obstante, en contraste con las otras, su puerta era sólida y estaba cerrada. También sus ventanas aparecían clavas con gruesas tablas, y sus muros, construidos quién sabe cuándo, con sólida piedra, resistían el paso del tiempo y la desidia del olvido.

El hombre jadeaba y por unos instantes reposó apoyado contra la pared, sosteniendo el cuerpo inerte de la muchacha.

Después, imprecisa forma en el sudario húmedo que retrasaba la luz del día, hizo deslizarse el cuerpo femenino hasta dejarlo de pie, apretándolo contra el muro para sujetarlo. Buscó en sus bolsillos y sacó una llave con la mano izquierda. Abrió la puerta y levantando a la mujer entró.

El interior estaba en tinieblas porque todos los huecos estaban sólidamente cerrados. En el pegajoso silencio oyó. el jadeo de varias respiraciones alteradas, un gruñido como de fiera herida, pero ninguna voz.

Se estremeció, dejó a la muchacha tendida en el suelo, girando sobre los pies volvió al exterior abriéndose paso entre el jirón de niebla que se había colado por la puerta abierta.

Cerró la puerta con llave y tras guardarse ésta se restregó la cara con un

pañuelo, secándose el sudor helado.

Tendió el oído. No oyó nada, captando tan sólo el profundo silencio, casi palpable, que lo engullía todo. Luego, sin poder contener apenas un gruñido de espanto, echó a correr por donde había venido.

Tras él quedó la naciente luz del día, el pueblo como un cementerio envuelto en triste sudario, y aquella casa cerrada a cal y canto cuya llave parecía quemarle en el bolsillo.

* * *

Con la luz del día, los hombres de la posada salieron al exterior, con la esperanza de encontrar algún rastro de los dos desaparecidos.

Flotaba una neblina húmeda y fría a ras de suelo que dificultaba la búsqueda. Tanto los huéspedes como el mozo llamado Lamont, rastrearon los alrededores con encomiable entusiasmo.

Si había alguna huella no supieron descubrirla.

Robert Lester confesó su fracaso a Evelyn, cuando se reunieron en torno a una mesa del comedor.

—El terreno es húmedo —dijo—, pero está cubierto de hojarasca y si alguien pasó por el sendero anoche no dejó huellas.

—Dos personas no se desvanecen en el aire, Bob.

—Ya lo sé, pero es prácticamente imposible seguir ningún rastro.

—Esa pobre muchacha... Estoy asustada, ¿comprendes? Yo la oí gritar, y sé que no era un simple grito de espanto ante la presencia de un hombre en su cuarto. Fue un alarido horrible, créeme.

—No empieces a creer en fantasmas y aparecidos tú también, querida. La chica estaba sobreexcitada, ya lo viste, cuando estuvo en nuestra habitación. Parecía casi histérica. En esas condiciones, la aparición de un hombre normal en su cuarto,' incluso de un conocido, le arrancaría ese grito que tú oíste.

—Aunque fuera así, ¿dónde está, por qué ha desaparecido? Si ese empleado hubiera entrado con ánimo de abusar de ella, después de aquel grito lo más lógico es que hubiera salido corriendo sin preocuparse de nada más. Sin embargo, había manchas de sangre en el suelo, y la muchacha también había desaparecido.

—Pequeña mía, estrujarse los sesos buscando una explicación sin más elementos de juicio que los que tenemos, es una cosa perfectamente inútil. Vamos a pedí r el desayuno, si te parece.

La posadera estaba visiblemente alterada cuando les sirvió. Apenas si formuló un breve comentario y volvió a dejarles solos.

En dos mesas separadas, desayunaban también los otros huéspedes de la posada, silenciosos, como cohibidos por el extraño misterio.

Cuando encendió un cigarrillo, Lester dijo:

—¿Qué has decidido, prefieres quedarte aquí, o quieres acompañarme a ese misterioso pueblo?

—Iré contigo. No podría soportar la soledad y la espera.
—De acuerdo. ¿Cerraste la maleta?
—Sí, antes de bajar.
—Entonces, iré a buscarla. Y tranquilízate, estás terriblemente nerviosa.
La dejó sola, y al regresar cargado con la maleta, uno de los huéspedes estaba de píe junto a la mesa de la muchacha.
—Hola —dijo el hombre, presentándose—, Me llamo Charles Flowers, señor Lester.
—Ya oí su nombre cuando la posadera ñus presentó, anoche. ¿Podemos hacer algo por usted?
—De eso estaba hablándole a la señorita. No consigo poner en marcha mi auto, y tengo entendido que ustedes se dirigen a Shadow Town...
—Comprendo.
—¿Les importaría llevarme en su coche? Desde luego, no cargaría nada de equipaje. Lo dejo todo aquí, puesto que he de volver para intentar que mi cacharro funcione.
—No hay ningún inconveniente, amigo.
El hombre suspiró, aliviado.
—Gracias, Me salvan ustedes de un compromiso. Debo encontrarme allí con cierta persona, hoy precisamente.
—¿Conoce usted ese pueblo, señor Flowers?
—Nunca estuve allí. Tengo entendido que no es gran cosa y que apenas si quedan habitantes en él. La mayoría de la gente se marchó en busca de oportunidades en la ciudad. Mi cliente es una de esas personas.
—¿Su cliente?
—Así es. Soy abogado.
—Ya veo. De cualquier modo le llevaremos con mucho gusto. ¿No te parece, querida?
—Por supuesto —asintió Evelyn, preocupada—, Me alegra que nos acompañe, señor Flowers.
—Iré a sacar el coche del cobertizo.
Lester salió de la posada. La neblina había desaparecido, pero el día se presentaba gris y frío. No era el más apropiado para una excursión a la costa.
Maniobró y condujo el coche hacia la puerta de la posada. Apenas lo había parado cuando vio llegar a un hombre con evidentes muestras de fatiga. Le observó con curiosidad y el desconocido apenas si le saludó, desapareciendo por una esquina.
Entró, intrigado, y dirigiéndose a la posadera dijo:
—Acabo de ver a un individuo que iba hacia la parte posterior de la casa, señora. Tal vez se trate del sirviente que había desaparecido...
—¿James? —Exclamó la mujer—. ¿Cómo era ese hombre?
—Delgado, y con una cabellera muy revuelta. Sus ropas estaban húmedas y parecía muy cansado.
—¡Seguro que se trata de ese truhán! Habrá de darme una buena

explicación...

Junto a ellos, Charles Flowers exclamó:

—Creo que deberá damos una explicación a todos, señora... Perdonen, no pude menos que oír lo que hablaban, amigo Lester.

—Está bien, vayamos a ver si se trata del empleado desaparecido.

Los tres se encaminaron por los pasillos que ya conocían hasta las dependencias del servicio.

La puerta violentada del cuarto de James estaba sólo entornada y había luz en el interior,

Los dos hombres y la posadera entraron sin vacilaciones.

El individuo que estaba allí dio un respingo, volviéndose sobresaltado.

—¡James! —Exclamó la dueña de la posada—. ¿Dónde diablos estuviste? Y también queremos saber dónde está Patricia... ¿Por qué gritó, qué pasó anoche?

—Demasiadas preguntas a la vez —gruñó Lester—. La principal de todas ellas es la que se refiere a la muchacha. Ya lo oyó, James. ¿Dónde está?

El empleado de la posada estaba lívido. Sus ojos saltones iban de uno al otro con una mirada de animal acorralado.

Cuando logró hablar murmuró:

—No sé... no sé dónde está. Yo fui tras ella... traté de detenerla...

—¿Cómo es eso?

—Ustedes... ¿Oyeron el grito de Patricia?

—¡Claro que lo oímos! —estalló la posadera.

—Yo también. Me despertó, y cuando me hube vestido ella corría hacia el exterior igual que loca. Fui tras sus pasos, pero la perdí de vista en la oscuridad.

—Continúa —rechino Lester.

—Sí... Me alejé más de lo que pude imaginar, buscándola por todas partes. Creo que incluso me extravié. Cuando quise regresar, estaba más allá de los bosques, empapado de humedad y sin haber vuelto a ver a Patricia.

Inesperadamente, Lester disparó la mano y atrapó al hombre por la pechera, casi levantándolo en vilo.

—¡Está usted mintiendo! —rugió—. Vamos, cuéntenos la verdad o habrá de responder ante la justicia.

—¡Suélteme!

—¡Debería azotarle! ¿Dónde está Patricia?

—Acabo de explicarles lo que pasó...

—Dijiste que te había despertado el grito, que cuando acabaste de vestir ella ya corría hacia el exterior...

—¡Y es cierto, estoy diciéndoles la verdad!

—¡Con mil demonios! ¿Quieres hacernos creer que estabas durmiendo, y que al oír el grito saltaste de la cama, te vestiste... y además tuviste tiempo suficiente para volver a dejar la cama impecable, con las ropas en orden? ¡Maldita sea, ni siquiera te acostaste!

El hombre giró los ojos en torno, acorralado.

—Estaba a punto de hacerlo... —balbuceó.

—¿Es que duermes de pie? Porque quedamos que te había despertado el grito de la muchacha, y que además estabas desnudo, porque no saliste hasta haberte vestido. ¿Por qué clase de idiotas nos tomas?

—Dije todo lo que sé —insistió James—, Salí tras ella y la perdí de vista en la oscuridad.

Lester le soltó con un empujón que tiró al empleado contra la cama.

—Tú la sacaste de su cuarto a la fuerza. Hay manchas de sangre en el suelo. Te la llevaste, James, y si ella no aparece nos ocuparemos de que seas procesado por violación y asesinato. ¿Te das cuenta de que eso significará la horca para ti?

Charles Flowers habló por primera vez.

—Soy abogado —dijo—, y no me gustaría encargarme de su defensa, amigo. Sería un caso perdido de antemano. Le sentenciarán a la horca tan seguro como que me llamo Flowers.

James estaba cada vez más lívido, más aterrorizado.

—No sé nada... —balbuceó—. He dicho la verdad...

—Entonces, me parece que lo único que podemos hacer es llamar a las autoridades y que se encarguen de ti —dijo Lester, furioso.

—¡No puede hacerme eso a mí!

—¿De veras crees que no? Supongo que según tú lo que debemos hacer es dejar impune un crimen sucio y canallesco...

—¡Yo no maté a Patricia!

—Pero te la llevaste. La sacaste de la posada contra su voluntad.

—No, yo...

—La llevaste al bosque. Comprendo que perdieras la cabeza porque era una chica muy linda. Pero eso no justifica semejante ultraje y asesinato.

—¡Ella está viva, yo no la maté!

—¿Cómo sabes que está viva?

—¡Lo juro!

—Bueno, entonces sólo tienes que decirnos dónde está, y si es cierto que no ha sufrido ningún daño te presentaremos disculpas.

De nuevo, los ojos desorbitados del empleado giraron de uno al otro, aterrorizados.

—Está en... Shadow Town —susurró casi sin voz.

—¿Qué hace allí? Porque imagino que tú la llevaste contra su voluntad.

—Yo la dejé sana y salva. Sólo estaba desmayada.

—¿Dónde la dejaste?

—En una casa abandonada del pueblo.

—¿Por qué la llevaste allí?

—Eso no puedo decirlo. Sólo sé que debía hacerlo...

—Está bien, vas a acompañarnos a buscarla, aunque debía llevarte a rastras, atado a la trasera de mi coche.

James pegó un brinco, aterrado.

—¡No! —chilló—. No iré a Shadow Town.

—Sobre eso ni siquiera vamos a discutir. Primero iremos a ese condenado pueblo, y después te entregaré a la justicia. Echa a andar, James, a menos que prefieras hacerlo violentamente.

El hombre, ahora, estaba al borde de la histeria ante la sola idea de regresar a Shadow Town.

Un bárbaro empujón de Lester le lanzó hacia la puerta.

Luego, ya no tuvo opción, porque entre los dos hombres le obligaron a entrar en el auto y todas sus protestas no le sirvieron para maldita cosa.

Con creciente terror por parte de James, el coche emprendió la marcha y todas sus protestas no le sirvieron más que para desesperarse hasta la histeria.

CAPITULO V

A medida que avanzó el día, la niebla fue rindiéndose a la luz y al viento salobre del mar, que la empujó hacia el reducto de las marismas.

El pueblo pareció emerger de aquel mar gris, y los húmedos tejados oscurecidos por el paso del tiempo siguieron cobijando el miedo.

El miedo a pesar de la luz diurna.

Por las rendijas de las ventanas atisbaban ojos inquietos, viendo deslizarse los últimos jirones de neblina hacia el extremo del pueblo, empujados por el aire. Flotaban a ras de suelo, se adherían a las esquinas como resistiéndose a abandonar su presa, y al fin desaparecían.

Las calles, no obstante, siguieron desiertas. El silencio estremecido continuó imperando en Shadow Town, cual si estuviera realmente desierto y abandonado.

El mismo silencio que captó la muchacha al recobrar el conocimiento sobre el duro suelo. En los primeros instantes no pudo pensar nada, no recordó nada. Sólo advirtió que yacía sobre una superficie fría y rocosa.

Luego, los recuerdos la asaltaron en tropel. Dio un grito ahogado y se levantó de un salto, temblando, tratando de arrebujarse dentro de su tosco camisón, única prenda que había sobre su cuerpo helado.

Trató de horadar las tinieblas con sus ojos desorbitados, pero únicamente captó una delgada línea de luz allí donde un postigo clavado con tablas no ajustaba contra el marco.

Corrió despavorida hacia esa luz. Era un hueco tan estrecho que a través de él no pudo ver nada, más allá de las maderas que aseguraban la ventana.

Emitió un corto quejido.

Tras ella, otro sonido ahogado pareció responderle.

Dio un respingo, volviéndose despavorida. Se apretó de espaldas contra la pared.

—¿Quién...? —jadeó.

Oyó un sordo gruñido, algo que ni siquiera parecía una voz humana. El terror la ahogaba.

—¿Quién está ahí? —logró articular con esfuerzo.

De nuevo el extraño gruñido. Pero a medida que sus sentidos se agudizaban a impulsos del espanto, captaba también otras respiraciones, contenidas, tan alteradas como la suya propia. Tuvo la atroz sensación de que estaba rodeada de seres monstruosos, producto de una pesadilla sin nombre, que la acechaban desde las tinieblas, prestos a caerle encima.

Si por lo menos pudiera llegar a la puerta... Huir antes que fuera demasiado tarde. Ahora sabía por qué estaba en ese lugar, y cuál sería su destino...

Se deslizó con la espalda pegada a la pared, tanteando con las puntas de los dedos hasta que éstos descubrieron el sólido marco de una puerta. Casi chilló al sentir la madera, al tantearla en busca de un cerrojo, de algo capaz de

abrirla...

Pudo localizar la cerradura, pero eso fue todo. La puerta estaba cerrada con llave, y era sólida como una plancha de hierro para sus débiles fuerzas.

Sollozó, ahogándose, jadeando, mientras aún seguía intentando encontrar el modo de abrir la puerta.

Cuando se dio por vencida casi se desvaneció otra vez.

Aquellos sonidos broncos, producto de la oscuridad y del miedo, se habían vuelto apremiantes, quejumbroso?, como quejas de almas atormentadas.

—¡No es culpa mía! —Balbuceó, cual si hablara consigo misma—. No es culpa mía... tengo que salir de aquí...

Le respondió otro largo gruñido. Era una voz ahogada, débil, que no articulaba palabras, sólo aquel sonido estremecedor en su desesperación.

—¡He de salir... por favor, déjeme salir...!

Golpeó la puerta con los puños hasta despellejarse los nudillos. No consiguió nada y sintió que las fuerzas la abandonaban. Sus rodillas cedieron y poco a poco se deslizó a lo largo de la madera hasta quedar sentada en el frío suelo, sollozando sin voz, temblando, oyendo las jadeantes respiraciones siempre en el mismo sitio.

Luego, de repente, oyó algo más.

Eso procedía del exterior, del otro lado de aquella puerta inviolable.

Primero fue un sonido lejano. Luego, se convirtió el rugido de un motor subiendo la cuesta del acantilado.

Se levantó, rígida y llena de esperanza. Comenzó a golpear de nuevo la puerta, gritando.

El motor del coche cambió de ritmo al coronar la cuesta y acercarse.

Luego, se alejó rápidamente. Comprendió que se internaba en el pueblo. No habían oído sus gritos, ni los golpes contra la madera.

La desesperanza y el horror la vencieron y cayó al suelo, gimoteando como una bestezuela herida, sumergiéndose de nuevo en el silencio, en el espanto, en la nada...

* * *

Robert Lester detuvo el coche y gruñó:

—¿Aquí?

El empavorecido James asintió.

—La dejé ahí... en la plazoleta. Había mucha niebla.

Lester paró el motor y volviéndose hacia el mozo de la posada dijo:

—Aclaremos esto de una vez, porque si estás mintiéndome vas a pasarlo muy mal. ¿Por qué abandonaste a la muchacha justamente en ese lugar, en plena noche?

—¡No le miento!

—Entonces, dame una razón por la cual puedas explicar por qué la trajiste hasta aquí.

—No la traje... ella huyó y yo la seguí.

—Prueba otra vez, pero te advierto que empiezo a cansarme de tanto embuste.

Charles Flowers estaba mirando en torno, a las silenciosas casas cerradas a cal y canto, a la pequeña iglesia en ruinas, a las desiertas callejuelas que convergían en la plazoleta.

—¿Dónde demonios está la gente? —exclamó, asombrado.

—Tal vez es muy pronto para ellos... Por última vez, James. O aclaras el misterio, o te encierro en cualquier lugar donde estés seguro hasta que nos vayamos. Cuando eso suceda te entregaré a la justicia y serás condenado sin remisión.

—Ella huyó de mí..., la perseguí y cuando pude darle alcance se desmayó. Estábamos cerca del pueblo... yo no sabía qué hacer y la traje hasta aquí. Pensé que alguien la ayudaría... sólo quería alejarme en aquellos momentos.

—Te lo has ganado. Abajo. Veamos dónde está la gente, y dónde hay un lugar sólido donde encerrarte por el momento.

—¡No!

—¿Qué te pasa? Llevo advirtiéndote desde que te echamos la vista encima, de modo que no te llames a engaño ahora.

—¡No quiero que me encierren! Déjenme regresar a la posada..., juro que les esperaré allí. ¡Lo juro!

—¿También tú tienes miedo a este pueblo?

Esta vez no replicó.

Estremeciéndose, Evelyn susurró:

—Ya debería haber aparecido alguien, Bob...

—Ahora nos ocuparemos de eso. Vigile a ese renacuajo, Flowers, mientras doy un vistazo a este cementerio.

Se apartó del coche y llamó a la casa más próxima. Dio unos fuertes golpes en la puerta, y de pronto ésta cedió abriéndose con un quejumbroso chirrido.

—Vaya... no hay nadie por lo visto.

Entró a la penumbra del interior. Todo estaba cubierto de polvo y telarañas, espesas como tejidos de lino.

—¿Hay alguien aquí? —gritó.

Oyó un roce en un rincón y vio una enorme rata salir zumbando.

Regresó a la calle, perplejo.

—Es un lugar muy divertido...; hasta ahora sólo una rata me ha dado la bienvenida. Tú, James. ¿Dónde están las gentes? Tengo entendido que aún quedan algunos habitantes.

El pobre tipo miraba en torno despavorido.

—En sus casas... no les gustan los forasteros.

—A mí no me gustas tú.

Lester fue hacia la esquina y tendió la mirada polla empinada calleja. A mitad de la cuesta, oscilaba la muestra de vieja madera de un fonducho.

—¡Eh, allí encontraremos a alguien! —anunció.

Flowers empujó a James delante de él, y Evelyn les siguió. Fueron juntos hacia la fonda, cuya puerta estaba cerrada.

—Por lo menos, no parece abandonada como todas las demás... —rezongó Lester, golpeando la puerta.

Los golpes retumbaron como cañonazos.

James tartajeó:

—No... no abrirán...

—¿Por qué no?

Apretó los labios, arrepentido de haber hablado.

Impaciente, Lester gruñó:

—Eso resulta ya molesto...

Llamó de nuevo ruidosamente y gritó:

—¡Abran esa puerta o la echaremos abajo! ¿Qué demonios de juegos se traen?

Evelyn murmuró:

—Vámonos, Bob..., tengo un miedo espantoso.

—¿Miedo de qué? Es sólo un pueblo de supersticiosos. Hemos venido a buscar a Paul, ¿recuerdas?

Al otro lado de la puerta, una voz aguda dijo:

—¡Váyanse! La posada está cerrada... no funciona.

—Ahora funcionará con todos sus servicios. Abra la puerta o la derribaremos.

—¡No tienen derecho...!

—Tengo tantos derechos que se asustaría. ¡Abra de una vez!

—Esperen...

Hubo un cuchicheo de voces quedas, y luego el girar de una enorme llave en la gran cerradura. La puerta se abrió un poco, lo justo para que alguien desde el interior pudiera observarles.

Lester vio unos ojos pálidos y asustados, que relucían en la penumbra como los de un gato.

Empujó la puerta sin consideraciones y una mujeruca vestida de negro trastabilló a punto de caer.

Un hombrecillo escuálido y ceniciento intentó protestar, pero entonces entraron Flowers empujando a James, y Evelyn mirando medrosa en tomo y calló.

—Abra las ventanas, Flowers —ordenó Lester—, Veamos qué infiernos sucede aquí.

—Cuidado con nuestro amigo, no vaya a echar a correr.

—Si lo hace se encontrará con algo muy desagradable.

James le miró asustado, pero no hizo ademán, alguno.

La luz de las ventanas mostró una sala en la que había ocho o diez mesas, sillas de enea, una gran estufa apagada y, al fondo, un pequeño mostrador y unas estanterías con botellas polvorientas.

Sobre algunas de las mesas quedaban algunos vasos sucios, y ceniceros

con colillas. Se inclinó sobre uno de ellos y examinó los restos de los cigarrillos.

—De modo que el negocio no funciona, ¿eh? Entonces quisiera que me dijeran quién infiernos fumó todos esos cigarrillos, porque las colillas no llevan ahí más de veinticuatro horas.

—Fueron... unos amigos. Sólo eso, unos amigos...

—¿Usted es el propietario?

—Sí...

—Y ella, ¿es su mujer?

—Mi madre...

Sólo al fijarse mejor, Lester pudo captar la diferencia de edad entre los dos personajes.

—Comprendo. Vamos a quedarnos aquí hasta aclarar un par de cosas. Si les molesta nuestra presencia, sólo tienen que ayudarnos y nos marcharemos de inmediato.

—¿En qué quieren que les ayudemos?

—Por ejemplo, hace cosa de siete u ocho días, estuvo en el pueblo un caballero de nombre Paul Gadney. ¿Dónde está ahora? Porque no regresó a la posada de Cornuvan, como había prometido hacer.

Pillados de sorpresa, ni la vieja ni su hijo pudieron evitar cruzarse una sobresaltada mirada.

Luego, el hijo gruñó:

—Sólo estuvo un día en el pueblo. Se marchó.

—¿Lo juraríais usted ante un tribunal?

—¿Qué tiene que ver ningún tribunal con nuestro pueblo?

—Ya lo sabrá. ¿Cómo se marchó el señor Gadney?

—En su coche... como había llegado.

Esta vez fue Flowers quien intervino.

—También debe haber llegado una señorita estos últimos días... La nieta de unos propietarios locales. Se llama Beulah Mac Adoo y me dijo que se hospedaría aquí.

De nuevo acusaron un violento sobresalto.

—No vino..., hace mucho tiempo que no viene nadie. No hay alicientes para los forasteros...

—Ella no viene como turista —insistió Flowers, comenzando a impacientarse—. Es la heredera de los Mac Adoo, y tengo entendido que tenían distintas fincas en el pueblo.

—Los Mac Adoo se marcharon hace años. Nunca volvió ninguno de ellos.

—Lo sé. Pero esa señorita me citó aquí, y debe haber llegado ya.

No obtuvo respuesta. Evelyn musitó:

—Debe haber alguna autoridad aquí, Bob...

—Me temo que no. Estos pueblos suelen depender de las autoridades del condado. Pero para el caso es lo mismo. Tú, renacuajo, diles dónde dejaste a Patricia anoche y a ver si por lo menos de ella sí saben algo concreto.

—Quizá no la vieron...

—Voy a decirte algo, miserable, y la cosa va también para ustedes. Soy intendente de Scotland Yard, y aunque mis atribuciones se reducen a Londres, en ausencia de toda autoridad en este lugar asumo la responsabilidad de toda investigación que deba ser efectuada para localizar a las personas desaparecidas. Les advierto que en estas circunstancias, podré llevar a cualquier ciudadano de Shadow Town a la cabeza del condado para ser acusado formalmente ante un tribunal. ¿Han comprendido exactamente el alcance de lo que acabo de anunciarles?

Incluso Flowers se quedó boquiabierto.

James emitió un sordo quejido.

—Yo no hice nada malo... Sólo dejé a Patricia desvanecida. ..

—Y ella se esfumó, ¿no es así? Como parece haberse esfumado en el aire el hombre al que venimos a buscar. Y como ha desaparecido también la dienta del señor Flowers... Me propongo aclarar este misterio a cualquier precio, y ustedes serán los primeros en sufrir las consecuencias de lo que sea que haya sucedido.

El abogado dijo:

—Ahora yo también estoy muy preocupado por la señorita Mac Adoo... ¿Qué podemos hacer, Lester?

—Instalarnos aquí. Convertir este tugurio en nuestro cuartel general y reunir a la gente del pueblo. Si quieren las cosas por la vía desagradable, lo haremos a su gusto. Te traeré la maleta, Evelyn, y podrás descansar en una habitación.

—De acuerdo, Bob. Pero no tardes.

—Es sólo un minuto.

Fue hacia la plazoleta donde habían dejado el auto.

Sólo que el coche ya no estaba allí.

Había desaparecido.

CAPITULO VI

Flowers no podía creerlo.

—¿Cómo diablos pueden haberle robado el coche? —exclamó—. Yo le vi sacar la llave de contacto, Lester.

—Naturalmente, la tengo en el bolsillo. Y dudo mucho que en un lugarejo como éste haya tipos capaces de hacer el clásico «puente» para ponerlo en marcha.

—Bueno, entonces habrá que creer en fantasmas capaces de volatilizar hasta un coche.

—Nada de fantasmas. Estuve examinando la plazoleta, y una de las calles de que parten de ella tiene una pronunciada pendiente. Empujar el auto hasta ella no debe haber sido difícil.

Evelyn, muy pálida, susurró:

—Pero ¿por qué lo han robado?

—Quizá para impedir que nos vayamos. O sólo para impresionarnos. De cualquier modo no será difícil encontrarlo si no han podido arrancar el motor. Tú, James, camina delante de nosotros y no se te ocurra echar a correr.

—Déjenme quedar aquí... Juro que les esperaré.

—Tus juramentos valen tanto como una moneda de plomo. Andando.

A regañadientes, James les precedió a la calle. Evelyn se agarró nerviosamente al brazo de Lester y éste notó el temblor de sus dedos.

Echaron a andar hacia la plaza, con Flowers cerrando la marcha.

Los húmedos cantos del suelo habían conservado rastros de los neumáticos, unas huellas fáciles de seguir. Como dijera Lester, el coche había sido llevado hasta el inicio de la pendiente.

De modo que todos iniciaron también el descenso. A unos trescientos metros, la calleja torcía a la derecha, y al final de ese nuevo tramo estaba el puerto.

Pero ni rastro del coche en todo cuanto alcanzaba la vista.

Vieron las pequeñas barcas meciéndose en el mar, sujetas a sus amarras, y un viejo carro al parecer abandonado al extremo del malecón, pero ni el menor rastro del coche ni de un ser humano.

Lester se apartó del grupo, escrutando el terreno palmo a palmo, acercándose al borde del agua.

Cuando se incorporó, estaba rojo de ira.

—¡Lo han arrojado al mar! —rugió, enfurecido.

—¿Está seguro?

—Venga y véalo. Hay huellas de neumáticos en el mismo borde del malecón, y una reciente raspadura en la piedra, seguramente producida por el chasis al caer al agua. ¡Los malditos bastardos!

Flowers estaba impresionado ahora. Se volvió hacia James y le espetó:

—¡Tú, embustero tramposo! ¿Tienes alguna idea de por qué esa gente ha

empujado el coche al mar?

—No... no sé nada... yo estaba con ustedes...

—Debería arrojarte a ti al mar...

—Quizá lo haga yo mismo, olvidándome de que soy policía —rezongó Lester—. Pero antes pondré a ese maldito poblacho patas arriba. Vamos a registrar casa por casa. Quiero que todos sus habitantes se reúnan en la plaza, pero al mismo tiempo quiero saber qué fue de Patricia y de Paul, y de esa señorita que se citó aquí con usted, Flowers. Después de ver lo que han hecho con el auto, ya no cabe duda que ocurre algo muy grave aquí.

—Si este mastuerzo quisiera hablar claro de una vez...

James se encogió sobre sí mismo ante las coléricas miradas de los dos hombres.

—Empezaremos por esas casas más próximas, y no nos separaremos bajo ninguna circunstancia, ¿Comprendido, Evelyn? No te apartes de mí.

—Creo que si te perdiera de vista sólo un instante me pondría a chillar. Hay algo siniestro en este lugar, Bob.

—Tal vez. Tú, siempre delante de mí, James.

La primera casa estaba semiderruida, sin embargo entraron en ella y la recorrieron palmo a palmo.

Lo mismo sucedió en la segunda, y luego en la tercera a la que penetraron.

La cuarta estaba cerrada a cal y canto. Los golpes en la puerta retumbaron, sonoros, un eco sombrío flotando en el aire frío y húmedo del mar.

—Muy bien, lo quieren a las malas, Flowers. Vamos a derribar la puerta.

El abogado ni siquiera lo discutió, a pesar de conocer perfectamente lo ilegal de semejante acción. Se lanzaron ambos contra la madera y con un seco crujido la puerta cedió.

Sin ninguna duda, la casa estaba habitada. No había polvo en los rústicos muebles, y en cambio en la cocina hallaron inequívocas muestras de un apresurado desayuno interrumpido por alguna razón.

También los dormitorios mostraban las camas revueltas, y había ropas en los armarios, y comida en la alacena.

Pero ni un solo ser vivo.

—Me gustaría saber adónde infiernos han ido esta gente —refunfuñó Flowers.

—Desde luego, no parece que se hayan llevado nada...

Salieron de la casa, siempre empujando a James por delante.

—Sigamos, veamos esta de ahí —indicó Lester.

—Espere un momento. Mire eso.

Robert se volvió, lo mismo que Evelyn.

Descubrió así a un hombre increíblemente viejo, de pie sobre el malecón. Era de mediana estatura y a pesar de su increíble edad parecía tener suficiente energía para mantenerse erguido sobre las piernas.

—Está observándonos con mucho interés —comentó—. Iré a hacerle algunas preguntas.

Caminó con resolución hacia el viejo. Cuando estuvo cerca de él se asombró de lo curtido de su piel parecida a un arrugado pergamino. Pero aún se asombró más cuando captó la irónica viveza de sus ojos tan claros como nunca viera otros parecidos.

—Me llamo Lester —se presentó—. ¿Le importa que le haga un par de preguntas?

El hombre se encogió de hombros. Con voz cascada dijo:

—Pregunte, pregunte... lo que yo pudiera decirles nunca lo creerían, así que pregunte... Yo soy el viejo Neversmith. He navegado por todos los mares del globo, ¿sabe?

—Tiene aspecto de viejo lobo de mar, ciertamente.

—¿Qué quiere preguntarme?

—En primer lugar, por un coche que nos han robado.

—Vi cómo lo empujaban hasta el borde del malecón. Lo hundieron en el mar.

—Lo suponía. ¿Quiénes hicieron eso, Neversmith?

—Oh, cuatro o cinco ciudadanos del pueblo.

—¿Les conoce?

—Podría señalarlos si los viera, pero eso ya no serviría de nada, digo yo. ¿No le parece? ¡Je, je! No podrían sacar el coche del fondo del puerto.

—Oiga, usted parece saber qué está pasando aquí.

—Tengo una idea —de nuevo rió con su boca desdentada—. Tienen derecho a sobrevivir, ¿sabe?

—Eso no tienen ningún sentido. Han desaparecido algunas personas estos últimos días. ¿Sabe algo de eso?

—Estas pobres gentes se aferran a lo único que tienen, Defienden su propia vida, su techo, sus hijos... si se fueran de aquí se quedarían sin nada, sin un mendrugo.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que le pregunto?

El viejo marino soltó una carcajada.

—Disculpe, a veces hablo y hablo y nadie me comprende. Pero voy a darle un consejo, y estoy cierto que me entenderá.

—¿De qué se trata?

—Váyanse de aquí. No esperen á que anochezca. Reúnase con sus amigos y aléjense lo más posible de Shadow Town. Si no me hace caso, mucho me temo que no podrán soportar el horror que les aguarda.

—¿Más supersticiones?

—Ojalá lo fueran. Mire, yo voy a saltar a mi barca y me largaré del puerto hasta mañana, cuando se haya levantado el día. Entonces regresaré y ya podré vivir en paz el resto del año.

—Todo esto son tonterías sin sentido. Un amigo mío desapareció hace poco más de una semana. Una muchacha se ha esfumado esta noche pasada, y otra mujer recién llegada de Londres tampoco aparece. ¿Cree que podemos irnos sin intentar encontrar a todas estas personas? Si usted puede ayudamos...

—Ya le he ayudado dándole el mejor consejo de este mundo. Váyanse. Pueden volver mañana si quieren, ya no habrá peligro. Pero no encontrarán a esos que buscan... de eso sí puede estar bien seguro.

—De modo que sabe su paradero, o lo que les ha pasado, y se niega a ayudarme...

—Cada uno conoce sus limitaciones, señor.

—Muy bien, ahora le exijo que colabore en nuestra búsqueda. Se lo exijo en nombre de la ley. Soy intendente de policía, señor Neversmith.

El viejo soltó una carcajada.

—¡Me cisco en su ley, señor! Mi única ley es la del mar.

Hizo un burlón ademán de despedida y se alejó, caminando cachazudamente.

Furioso, Lester estuvo tentado de detenerle, pero comprendió que sería inútil todo cuanto intentase contra ese hombre testarudo, indiferente y cínico.

Contempló cómo el anciano descendía por los escalones del embarcadero, y con pasos seguros saltaba dentro de una pequeña embarcación. Instantes después, se alejaba a golpe de remo dejando en las oscuras aguas una leve estela de espuma.

Cuando se reunió con los demás estaba más ceñudo que nunca.

—Nadie quiere hablar. Ese maldito fósil también nos aconseja que nos marchemos de aquí en seguida.

—¿Por qué? —preguntó Flowers.

—No quiso decirlo. Pero de cualquier modo, nosotros seguiremos con lo que habíamos empezado. Ahora le toca el tumo a esta casa...

Llevando siempre vigilado a James, derribaron otra puerta y continuaron su inútil búsqueda, en una atmósfera cada, vez más fría, más hostil...

CAPITULO VII

La muchacha consiguió al fin arrancar una de las tablas que cerraban la ventana. Tenía las manos en carne viva a causa de sus esfuerzos, de los rasguños y las astillas de madera que se había clavado en sus desesperados intentos.

Una amplia línea de luz penetró en las sombras. A través de la rendija que quedó pudo vislumbrar un pedazo de calle solitario, y al otro lado una casa semiderruida. Más allá de esas ruinas se extendía la falda de una colina salpicada de blancas manchas.

Eran lápidas y su visión le arrancó un quejido. Su mirada las recorrió, elevándose por la colina hasta el caserón que se alzaba en la cumbre. Un edificio oscuro, ruinoso y sombrío que se recortaba contra el gris del cielo.

Volvió a mirar la calle sin que pudiera descubrir a nadie.

Entonces, las respiraciones a sus espaldas volvieron a inquietarla y se volvió conteniendo el aliento.

La luz de la rendija no alcanzaba a borrar por completo la profunda oscuridad de la estancia. Sin embargo, era suficiente para ver las formas imprecisas de dos mujeres y un hombre.

Incluso en las tinieblas los ojos de aquellos seres inmovilizados no sabían por qué relampagueaban con inmensa desesperación, y contenían en su intensidad una angustiada súplica.

La muchacha se deslizó hacia la puerta. Ahora, con la luz, examinó la cerradura.

Era grande, antigua y sólida. Supo que nunca podría abrirla sin la llave, como tampoco podría franquear aquella puerta con sólo sus débiles fuerzas.

Volvió a atisbar por el hueco de la ventana. Había una reja en el exterior, de modo que incluso si lograba arrancar las demás tablas, y abrir la ventana, no podría salir por ella.

Ahogó un sollozo y de nuevo miró hacia las mujeres y el hombre. Les oyó cómo intentaban decirle algo con sus inarticulados gruñidos.

No entendía una palabra. Pero sabía lo que le pedían, lo que querían...

Por eso balbució:

—¡No puedo..., no puedo hacerlo...!

La luz de este día sin sol difuminaba sus siluetas, pero comprendió que, además de bien atados, estaban sujetos de algún modo en el muro. También los habían amordazado.

—¡No puedo ayudarles! —Sollozó cubriéndose la cara con las manos—. A mí también... me han condenado...

Intentó pensar con serenidad, calmarse. Aún faltaba mucho tiempo para la noche. Debía encontrar el modo de salir de ese antro fatídico, de esa trampa...

Quizá en la casa hubiera otra salida. Dio otro vistazo a la ventana y calculó, por la luz, que las primeras horas de la tarde habían quedado atrás.

Debía apresurarse.

* * *

A primeras horas de la tarde, su§ esfuerzos les llevaron, casa por casa, hasta la inmediaciones del fonducho.

Flowers rezongaba, furioso por lo que calificaba de pesadilla increíble.

—Vemos casas que sin duda están habitadas, algunas de ellas con rescoldos en la lumbre de las chimeneas, pero sin embargo sus moradores no aparecen por ninguna parte. Violamos hogares sin que nadie acuda para protestar. ¿Puede alguien decirme qué clase de absurdo es éste?

Nadie podía decírselo, de modo que no obtuvo respuesta.

Sólo Lester gruñó, poco después:

—Este renacuajo podría aclararnos el misterio si quisiera. ¿No es así. James?

El aludido sacudió la cabeza de un lado a otro. Estaba lívido y cada minuto que transcurría parecía infundirle un creciente terror.

Flowers dijo con una voz como un chirrido:

—Quizá deba usted dejármelo un rato a solas... le aseguro que le obligaré a hablar, Lester.

—¿Recurriendo a la tortura?

—A lo que fuera, si con ello desentrañábamos este misterio. Por lo menos sabríamos a qué atenernos.

—Lo siento, Flowers, no puedo autorizarle a cometer una salvajada. Hemos de aclarar esto con nuestros propios medios.

—Entonces, mucho me temo que llegará la noche y no habremos descubierto nada.

James no pudo evitar un respingo,

—¡La noche no! —jadeó—. ¡No quiero estar aquí esta noche.,.!

—¿Por qué no, temes a los fantasmas?

—¡Quiero marcharme! ¿Es que no lo entienden? Quiero volver a la posada.

—Cuando acabemos aquí irás directamente a Cornuvale, donde haré que te encierren para ser juzgado.

—No quieren comprender —lloriqueó James—. Ustedes también serán exterminados de una manera horrenda si se quedan hasta la noche. Marchémonos de aquí ahora, señor. Iré a Cornuvale y no opondré la menor resistencia, pero debemos abandonar Shadow Town antes que decline el día.

—¿Qué crees que ocurrirá cuando caiga la noche?

—Algo espantoso.

—¿De qué se traía, apariciones y cosas así? O quizá muertos que andan, vampiros y monstruos sin alma, ¿Es a todo eso a lo que temes?

James se desesperaba.

—No puedo hablar —jadeó sin voz—. Juré no hablar nunca de lo que aquí

ocurre una vez al año. Si rompiera mi juramento estaría perdido, condenado como todos ustedes.

—Y como Paul Gadney, y Patricia, y la joven dienta de nuestro amigo Flowers. ¿No es cierto?

—No sé, no quiero saber nada de ellos.

—Pero quieres huir como una raía.

El hombre se retorcía las manos en un gesto instintivo de desesperación.

Evelyn sugirió:

—Vayamos a la posada del pueblo, Bob.., Estoy rendida.

—Sí, claro. Y es preciso que comas algo también.

Subieron la cuesta y casi se llevaron una sorpresa al ver que la puerta del fonducho estaba abierta.

Entraron juntos. Vieron que no había nadie en la sala y Lester señaló una mesa adosada a un rincón.

—Instálate ahí, donde podamos tenerte vigilado, James.

Apenas se habían sentado ellos cuando apareció el hombre que ya conocían.

Lester encargó la comida para todos sin que el posadero pronunciara una palabra. Cuando hubo tomado nota del encargo giró sobre sus pies y se fue a la cocina.

La comida que les sirvieron estaba mal condimentada, y era sólo una sombra de lo que debiera haber sido. Excesivamente picante, cargada de especias, la regaron con el vino oscuro y fuerte de una jarra de barro.

Antes que les sirvieran el café, James emitió un quejido y cayó a un lado, rígido y completamente inconsciente.

Asombrado, Lester se levantó. Las piernas le fallaron y volvió a caer sentado en la silla.

Vio a Evelyn que luchaba por mantener los ojos abiertos, con una viva expresión de alarma en su bello rostro.

—¡Narcótico...! —jadeó.

Ya no vio cómo Evelyn quedaba inconsciente, ni cómo Charles Flowers se derrumbaba sin una queja.

Cuando todo eso sucedía, él también había perdido el conocimiento.

Entonces, procedente de la cocina, asomó la mujeruca enlutada. Cuando al fin se decidió a entrar en el comedor, tras ella empezaron a surgir otros hombres y mujeres... casi la totalidad de habitantes del pueblo. Varios de ellos traían cuerdas, y otro, pedazos de tela con los que confeccionar rígidas mordazas...

El misterio se cerraba en tomo a ellos mismos, en sus propias carnes.

CAPITULO VIII

El primero en recobrar el conocimiento fue Robert Lester. Se sintió aturdido, débil y mareado, pero cuando recordó los sorprendentes acontecimientos su mente se despejó en unos segundos.

Entonces descubrió que estaba atado de pies y manos, y que una prieta mordaza sellaba su boca. Estaba tendido en un suelo duro y sumido en una penumbra densa en la que apenas podía divisar los contornos de cuanto le rodeaba.

Giró sobre sí mismo. Así, vio a Evelyn, atada y amordazada como él mismo, y a Flowers un poco más allá, tan inmóvil como un cadáver.

Al otro lado oyó un apagado jadeo y ladeó la cabeza.

James estaba en sus mismas condiciones. También el empleado de la posada había recobrado el conocimiento y en sus ojos desorbitados había una mirada demencial.

Lester se arrastró como pudo hacia Evelyn, hasta comprobar que la muchacha respiraba con regularidad. Estaba viva.

Desentendiéndose de los demás intentó hacerse una composición del lugar en que se hallaban. Era una estancia pequeña, con varias ventanas, todas cerradas. La escasa luz penetraba por una rendija de una de ellas, y le permitía ver que no sólo estaban cerradas, sino aseguradas con tableros clavados a los marcos.

De pronto se encontró mirando los ojos furiosos de Flowers. Este intentó hablar, pero la mordaza le impidió articular una sola palabra.

Lester reptó hacia él. Quienes fueran los que les habían apresado, no debían gozar de mucha imaginación. O les faltaba mucho que aprender en su oficio de raptores.

Cuando estuvo junto a Flowers intentó hacerle comprender lo que se proponía. Al no conseguirlo, siguió moviéndose hasta colocarse tras él, espalda contra espalda. Entonces tanteó con sus entumecidos dedos hasta encontrar la cuerda que ataba las manos del abogado. Oyó la ahogada exclamación bajo la mordaza cuando Flowers comprendió qué se proponía.

El empezó a luchar con ¡os nudos, endiabladamente duros.

Una eternidad más tarde, el primer nudo empezó a aflojarse. Lester sentía correrle un sudor helado y viscoso por todo el cuerpo, y los dedos le dolían. Pensaba si estaría arrancándose las uñas a cada esfuerzo.

Oyó el violento jadeo de James y ladeó la cabeza. El hombre giró la mirada hacia la ventana por la que apenas si penetraba ya la luz. Parecía realmente un loco con aquellos ojos desorbitados y sus frenéticos gestos con la cabeza señalando la mortecina luz.

Hubo de desentenderse de él cuando Evelyn dio señales de vida. Reemprendió su lucha con las cuerdas, y cuando al fin las manos del abogado quedaron libres ya apenas si la rendija de la ventana era nada más que una

apenas visible claridad a punto de extinguirse.

Flowers se frotó las muñecas para restablecer la circulación de la sangre. Luego se dio prisa a quitarse la mordaza y a librar de la suya a Lester.

—¿Qué infiernos se proponen narcotizándonos? —barbotó.

—Lo discutiremos después. Ahora desátame y después nos ocuparemos de nuestros pies.

—Esos malditos nudos... ¿Comprende usted algo de lo que está pasando aquí, Lester?

—Nada en absoluto.

—Si puedo ponerle la mano encima a ese truhán del fonducho, juro que le arrancaré la piel a tiras.

Lester trató de sonreírle a Evelyn.

—Tranquilízate —murmuró—, saldremos de aquí en unos minutos.

Las cuerdas de sus muñecas cedieron al fin, y los dos hombres procedieron a librarse de las que ataban sus tobillos. Tras esto, Lester se precipitó hacia la muchacha.

Le quitó la mordaza antes de emprenderla con las cuerdas.

—No grites —recomendó con voz queda—. No sabemos si hay alguien vigilando allá fuera.

Flowers rezongó:

—¿Qué hago con esa rata, le suelto, o le dejamos que se pudra aquí? El no accedió a ayudarnos cuando podía haberlo hecho.

—No se dé prisa..., quiero cambiar unas palabras con él.

Apenas hubo liberado a Evelyn se acercó a la rendija de la ventana. Vio un trozo de calle, y una espesa niebla que iba cubriéndolo todo como un sudario. Aún no era de noche, pero la niebla velaba la luz hasta casi ahogarla.

—Busque la puerta, Flowers, mientras yo discuto con nuestro socio...

Quitó la mordaza a James y se sorprendió al ver la máscara de terror que era su cara.

—¡Desáteme! —jadeó el hombre—. ¡Aún estamos a tiempo de huir... si nos damos prisa!

—Claro, claro... abandonando a los demás que deben ¡estar en alguna parte en las mismas condiciones nuestras. ¿No es eso lo que nos aconsejas, bastardo del demonio?

A James comenzaron a castañetearle los dientes.

—¡Apenas si nos queda tiempo! —lloriqueó—. Está oscureciendo...

—¿Y qué sucederá cuando sea de noche?

—Ellos vendrán.

—¿Quiénes?

—Los...

—Sigue. ¿Quiénes crees que vendrán?

—Los muertos.

Evelyn no pudo contener un grito. Flowers bufó, indignado, y Lester dijo:

—De modo que los muertos, ¿eh?

—Usted no me cree.

—Ni nadie en su sano juicio te creería. ¿Por quiénes nos has tomado, hombre?

Los ojos del mozo giraron en las órbitas. Ahora ya no intentó siquiera contener los sollozos de espanto que le sacudía todo el cuerpo.

—¡Quíteme las cuerdas! Por piedad..., desáteme...

—No sin saber antes toda la verdad. Y en esa verdad incluyo el paradero de Patricia.

Súbitamente, una ráfaga de viento hizo crujir las ventanas y sacudió la puerta. El viento sonó como el aullido de una fiera hambrienta.

Flowers anunció:

—La puerta está cerrada con llave, y es muy sólida, Lester.

—Hay que abrirla como sea.

James chilló:

—¡No me abandonen, señor...!

—Te dije que hablases claro y seguido. No haces más que dar rodeos y pronunciar estupideces, de modo que te quedarás aquí cuando nosotros nos vayamos.

—¡No, eso no!

Se desentendió otra vez de él, para dedicarse a tantear la puerta. Evelyn se pegó a su lado, temblando asustada.

—Probaremos las ventanas —decidió—. Esta condenada puerta no podemos derribarla de adentro afuera.

Arrancaron los maderos de una ventana y luego Flowers abrió los chirriantes postigos.

La calle era un mar de niebla que iba alzándose, más densa a cada minuto. Las ráfagas de viento marino la arremolinaban, pero sin conseguir barrerla, porque como la que procedía de las marismas, el mismo viento traía densas masas del mar.

—Dentro de poco, uno no podrá ver su propia nariz "—gruñó Flowers—. ¿Qué hacemos?

—Salir de aquí, naturalmente. Quiero hacer una visita al fonducho donde nos narcotizaron.

James barbotó:

—No les abrirán... ¡Tienen que creerme! Ninguno se salvará si permanecemos en el pueblo.

—Por lo menos, tú te quedarás. A menos que nos digas dónde está Patricia, si es que aún vive.

—Usted gana..., aunque al hablar me condeno yo mismo..., pero si puedo alejarme antes de que oscurezca tendré una oportunidad de vivir.

—A menos que yo te retuerza el pescuezo, si a esa muchacha le ha sucedido algo desagradable.

—¡Le juro que la dejé sólo desmayada!

—¿Dónde?

—En una casa abandonada, al final del pueblo, por e! lado de la montaña.

—¿La encerraste allí?

—Sí..., pero tengo la llave.

—¿Por qué lo hiciste, pensabas volver para forzarla?

—¿Volver yo, esta noche? ¡Maldita sea, no!

—Claro, por lo muertos —se mofó Flowers.

—Sí, por ellos, por esos engendros sin alma.

—Antes los llamaban Zombies —aclaró Lester, con evidente sarcasmo.

—Podemos soltarle los pies para que nos guíe hasta esa casa de la que habla —propuso el abogado—. Si la chica está allí, sana y salva, le dejaremos libre, pero si no...

—Si a la muchacha le ha sucedido algo, yo mismo sería capaz de colgarte. ¿Entiendes, James?

—¡Aprisa, las cuerdas, por favor...!

—Está bien, pero sólo los pies de momento, tipo listo.

Empezó a luchar con esos nuevos nudos. Por la ventana se colaban jirones de niebla y el viento aullaba con creciente furia.

Apenas acabó de quitarle las cuerdas, James se levantó como impulsado por un resorte, saltando hacia la ventana. Lester le atrapó con un zarpazo.

—Más despacio, ¿entiendes? Tienes que guiarnos hasta esa casa de que hablaste.

—¡Sí, sí, pero no pierdan tiempo!

Flowers saltó primero a la calle. Casi desapareció, engullido por la niebla. Desde fuera ayudó a Evelyn a salir, y luego sujetó a James para que no se rompiera la crisma contra los guijarros del suelo, ya que no podía valerse de las manos.

Por último salió Lester. Trató de captar algún otro sonido que no fuera el del viento, pero sólo pudo captar el golpeteo de alguna ventana mal cerrada.

—Adelante, James —ordenó—. Ahora le toca a ti.

El aludido casi echó a correr. Los demás le siguieron sin tener la menor idea del infierno que se avecinaba...

CAPITULO IX

Casi no se distinguían unos a otros cuando llegaron a las últimas casas del pueblo.

—Es aquella casa —dijo James—. Tengo la llave.

La casa era sólo una masa informe en medio de la niebla. James esperaba que alguien le sacara la llave del bolsillo, cuando Flowers exclamó:

—¿Qué diablos es aquello?

Todos se volvieron. La niebla era impenetrable, pero incluso en su densidad, resultaba incapaz de borrar el extraño resplandor que parecía flotar en la nada, a una gran distancia.

James no pudo contener un quejido.

—¡Esa es la dirección del cementerio! —jadeó.

—Deja en paz a los muertos y veamos si Patricia está ahí o no. ¿Dónde tienes la llave?

—En este bolsillo de la izquierda.

—Estás temblando como un azogado.

—Usted también temblaría si supiera lo que yo sé.

—Y que aún espero que nos aclares, porque ese cuento de los muertos vivientes no cuela.

—Se convencerán a su costa como siga perdiendo el tiempo.

Lester insertó la llave en la cerradura. Oyó un revuelo y un grito y se volvió en redondo.

Flowers bramó:

—¡Se ha escapado!

—¿James?

—¡Maldita sea! Echó a correr y antes que yo pudiera hacer nada para detenerle había desaparecido entre la niebla.

—Déjelo. Veamos qué hay en esta casa.

Dio vuelta a la llave en la cerradura, que emitió un ruidoso chasquido. Evelyn balbució:

—¿Y si ese hombre nos ha mentido? Yo no quiero pasar la noche en un lugar como éste, Bob.

—Nos iremos si eso ha de tranquilizarte. Ahora, deja que entre yo primero, está muy oscuro ahí dentro.

—Bob, ten cuidado. Puede ser otra trampa.

—¡Silencio, por favor! —susurró Flowers, tenso.

—¿Oyó algo?

—Creo que sí —musitó con voz queda—. Ese estúpido debe andar dando vueltas en la niebla, sin poder orientarse. Creo que oí pasos...

Lester empujó suavemente a Evelyn para que la muchacha se colocara a sus espaldas y aguardó, agazapado.

Bruscamente, advirtió que el viento había cesado por completo. No

quedaba ningún sonido a su alrededor, ni el rechinar de una ventana mal cerrada. Nada en absoluto, y resultaba una sensación enervante porque era como si de repente se hubiera hundido en un abismo infinito en el que no hubiera nada, excepto el mar gris y húmedo de la niebla.

Se estremeció a su pesar.

Evelyn susurró:

—¿Oyes algo, Bob?

—Nada, y eso es lo más extraño.

El abogado volvió a pedirles silencio. Algo se movió entre la espesa cortina gris que les envolvía. Algo que se aproximaba sin duda.

Flowers tensó los músculos como una fiera al acecho. Pensó que si era James iba a darle por fin su merecido, y se dispuso a saltar.

Fue en aquel instante cuando en el aire inmóvil vibró un alarido horrendo, un grito infrahumano que les puso los pelos de punta porque parecía imposible que una garganta humana pudiera producir tan espantoso aullido.

Entonces, rechinando los dientes, el abogado dio un paso adelante y disparó las manos convertidas en duras zarpas.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

Sólo que a continuación dio tal grito que Lester brincó hacia él, estupefacto.

El no gritó a descubrir lo que Flowers había atrapado. No pudo gritar, porque se encontró sin voz, ahogándose de horror y de náuseas.

Confusamente oyó a Evelyn y rugió:

—¡No te muevas de donde estás!

Flowers retiró las manos de aquella cosa pavorosa que se había inmovilizado.

Lester veía un cráneo del que colgaban lacios mechones de cabellos negros, salpicándolo aquí y allá. La cara de aquel monstruo mostraba el hueco de la calavera en los pómulos. El resto parecía blando, como una pestilente gelatina pronta a desprenderse de su soporte. La _ boca era apenas un tajo oscuro que jadeaba como un fuelle sin el menor ruido, y las cuencas eran dos simas negras, vacías y sin fondo, y que no obstante parecían mirar fijamente al abogado.

—¡Apártese, Flowers! —jadeó Lester, horrorizado.

El abogado no se movió. No dio muestras siquiera de haberle oído. Miraba fascinado aquellas pupilas vacías que paralizaban todos sus sentidos.

Poco a poco, de entre los jirones del sudario que cubría aquella nauseabunda visión, se alzaron dos manos. Los huesos asomaban allí donde la carne y la piel habían desaparecido, pero las uñas eran largas y afiladas como puñales.

Sobreponiéndose al horror, Lester saltó adelante y descargó un tremendo puñetazo contra aquella huesuda cabeza. Sonó un seco crujido y ante el espanto de cuanto veía, la cabeza se desprendió del tronco y rodó entre la niebla.

En un instante, la osamenta cubierta por el sudario podrido y desgarrado se hubo derrumbado también. Sólo entonces el abogado pareció volver en sí.

—¿Lo vi realmente, o sólo fue una pesadilla, Lester?

—Lo vio. Estaba ahí y se disponía a atraparle con sus garras. ¿Es que no lo recuerda?

—No..., sólo la primera impresión, cuando lo vi. Después no recuerdo nada.

—Pues está ahí, en el suelo. Si quiere convencerse de que era real...

—No, gracias. Y ahora empiezo a creer que ese condenado James tenía algo de razón. Esta cosa no era de este mundo.

—Era igual que un cadáver en plena descomposición.

—Un muerto vivo. Voy a volverme loco, Lester.

—Tenemos que darnos prisa... ¿Evelyn?

No obtuvo respuesta y el pánico se adueñó de él.

—¡Evelyn! —rugió—. ¿Dónde estás?

—¿No se quedó ahí, junto a la pared?

—Sí, al lado de la puerta... ¡Y ahora está abierta!

De un salto se precipitó a la oscuridad. Hubo un violento revuelo y se encontró enzarzado con un cuerpo firme envuelto en una áspera prenda flotante,

—¿Qué diablos...?

—¡Sáqueme de aquí...!

Apenas entendió la voz, pero la reconoció.

—¡Patricia! ¿Es usted?

—¡Sí, sí!

—¿Y Evelyn?

—La señora está aquí... desmayada. Tropezó conmigo y se desvaneció.

Lester tanteó el suelo hasta dar con el cuerpo inerte de la muchacha. Con ella en brazos, se levantó volviéndose hacia la puerta.

Una vez fuera preguntó a la imprecisa forma de la sirvienta:

—¿Hay alguien más en la casa?

—No... No hay nadie. ¡Por favor, marchémonos de aquí! Está cerrando la noche...

—Espera. Quiero que me aclares todo esto.

—¡No hay tiempo ya..., hemos de huir, créame!

—James lo intentó alocadamente. Oímos un grito espantoso y era su voz, así que vamos a hacer las cosas empleando la cabeza.

—¡Sólo hay una manera de hacerlas, y es huyendo ahora mismo!

El no tuvo tiempo de replicar. Un agudo grito de Flowers le hizo girar en redondo, con su dulce carga en brazos.

Del suelo, alzándose trabajosamente entre los jirones de niebla, la pesadilla envuelta en el sudario cobraba vida y sostenía entre sus manos su propia cabeza.

Patricia comenzó a aullar como una bestia herida de muerte. Lester

retrocedió con Evelyn en brazos y gritó:

—¡Ocúpese de Patricia, Flowers! Hemos de alejarnos de aquí.

—Me parece que...

Se interrumpió. Patricia acababa de desvanecerse entre sus brazos.

La levantó notando en sus manos la frialdad de aquel cuerpo joven y tentador. Pero no pudo perder tiempo con esta sensación.

Aquel engendro del infierno parecía señalarles con las manos que sostenían el horrendo cráneo. Tras él, otras sombras informes comenzaban a moverse entre la niebla.

—¡Vamos, Flowers, corral —gritó Lester.

Los dos, cargados con las mujeres, echaron a correr hacia el centro del pueblo.

Flowers gruñó, jadeando:

—Me parece que estamos metiéndonos en una ratonera. Esas gentes sabían que eso iba a suceder esta noche y tengo la corazonada de que nos habían destinado a carnaza, si sabe lo que quiero decir.

—Le comprendo muy bien, pero creo que no podemos hacer otra cosa. Desconocemos los caminos y con esta niebla no iríamos muy lejos. Recuerde el grito que oímos. Juraría que era la voz de James.

—Sí, a mí también me lo pareció, Debieron atraparlo esas cosas..., esas podridas cosas —chirrió el abogado.

—Debemos encontrar un lugar donde ocultamos por un tiempo, y que esta chica nos cuente lo que sabe. Quizá así se nos ocurra una solución para salir de este infierno.

—Tiene usted razón. Además, es quien lleva el mando, Lester. Créame que se lo cedo con mucho gusto.

Siguieron adelante sin ver nada a un paso ce distancia.

La noche, la niebla y el terror se habían cerrado en torno a ellos.

CAPITULO X

Eran apenas sombras en la muerta quietud de la noche, tenebrosas sombras deslizándose en medio de la niebla, lentos, harapos podridos en movimiento.

Parecía sostenerlos la fuerza del mal, el poder del infierno, el maligno influjo del leve resplandor azulado que coronaba la colina del cementerio como un gran fuego fatuo.

Descendían entre las lápidas que chorreaban humedad, y allí donde pisaban la hierba se secaba en un segundo, moría y conservaba la imprecisa huella de unos pies que habían pisado los senderos pavorosos de la muerte.

Convergían poco a poco hacia el pueblo, detrás de los primeros que descendieran poco antes. La niebla diluía sus siluetas y ocultaba el espanto de sus caras corroídas, de sus cuencas sin ojos, de sus bocas sin voz, de sus cuerpos sin alma.

Avanzaban lentos, seguros, cual si flotaran en alas de aquel manto gris que envolvía la tierra. De vez en cuando, alguno se detenía y parecía escuchar atentamente el muerto silencio, como si necesitara de algún rumor para orientarse. Luego, reanudaba la marcha al mismo ritmo pausado.

Pedazos de sus sudarios podridos quedaban adheridos en las ramas espinosas de los matorrales.

Llegaban al pueblo. Vacilaban por primera vez, corno si no supieran con seguridad cuál debía ser su camino. Algunos se internaron por la calle, y otros les siguieron, para separarse después por otras callejas sumidas en tinieblas.

Se detuvieron ante un ancho portalón firmemente cerrado. Eran un grupo de cinco siniestras sombras aterradoras.

El más próximo a la puerta apoyó la garra que era su mano en el tirador.

Hubo como un sordo chispazo y el engendro del mal fue lanzado hacia atrás, pero no cayó. Ya sabían que aquella puerta era inviolable, que estaba guardada por una poderosa cruz que jamás podrían eludir.

Se apartaron para probar suerte al otro lado de la calle. Gira puerta, y un quedo rumor de voces al otro lado. Escucharon, rígidos, una voz de mujer que calló de pronto sin que nadie le replicara.

Se precipitaron a la puerta y fueron repelidos. La voz de mujer que había oído parecía aguijonearles con redobladas energías y tantearon una ventana baja.

Tuvieron la misma suerte y retrocedieron sin un rumor, sin una voz.

No obstante, algún oscuro designio íes guiaría. Sabían que ésta era su noche, y que en alguna parte, esperándoles, habría seres vivos para su fugaz chispazo de vida que era muerte.

Prosiguieron su macabra búsqueda en un pueblo que era todo tinieblas, espanto y silencio.

* * *

Se habían refugiado en una tasa abandonada y destartalada, invadida por la niebla. Lester mantenía a Evelyn abrazada contra su pecho infundiéndole calor y serenidad.

Patricia estaba acurrucada en el suelo, junto al abogado.

—¿Por qué tu compañero de trabajo te trajo a este endiablado lugar, muchacha? —le espetó Lester cuando comprendió que ella había recobrado sus energías.

—Me espió cuando fui a advertirles a usted y a la señora... El había huido de Shadow Town hace tiempo, pero tenía aquí a sus padres, una casa y una barca, todo cuanto le quedaba. Tuvo miedo porque conocía la verdad.

—¿Qué es lo que conocía? Y eso no explica que te trajera a ti.

—Sí lo explica. Una noche al año, «esta» noche de cada año, los discípulos del mal recobran la vida durante unas horas... buscan víctimas en el pueblo y hacen cosas horrendas con ellas. Es una maldición que desató un hombre perverso, hace años. Si encuentran víctimas a su paso, dejan en paz a los moradores del pueblo, que protegen sus casas con cruces y plegarias... Se han vuelto perversos a causa del miedo, tan perversos como aquel primer mal hombre que desafió al infierno, y procuran que cuando llega esta noche queden algunos seres forasteros, desconocidos, a merced de los muertos de la Casa Negra.

—¿Qué casa?

—La que corona la colina del cementerio en cuya cripta reposan los muertos malditos.

Flowers gruñó:

—Así que estos ciudadanos nos destinaban a carnada para los monstruos o lo que diablos sean esas cosas nauseabundas...

—A ustedes, a los otros, a mí... Por eso James me trajo, como castigo al haberles advertido a ustedes.

—Espera un minuto. ¿A qué «otros» te refieres? —exclamó Lester, súbitamente alerta.

—¿Qué quiere decir?

—Acabas de mencionar que había otros destinados a satisfacer a ese engendro del infierno.

Ella se turbó visiblemente. No acertó a responder y el silencio se prolongó excesivamente.

Evelyn balbució:

—¡Tiene que decírnoslo, Patricia! Puede tratarse de mi hermano... de Paul, al que usted conoció...

—No sé... se me ocurrió que si habían desaparecido otras personas estarían en la misma situación que ustedes...

—¿Tienes miedo de que si descubres otras cosas te lo hagan pagar?

—Lo pagaremos todos, señor. Yo no debí hablarles de eso, y ustedes debieron huir lejos del pueblo. Ahora, les encontrarán antes del alba.

—Veremos. ¿Tiene usted cerillas, Flowers?

—Naturalmente.

—Présteme algunas. Quiero dar un vistazo a todo esto.

—¿No teme que la luz delate nuestra presencia?

—¿Con esa niebla invadiendo la casa? El resplandor de la cerilla no llegará a dos pasos.

Para comprobarlo encendió una cerilla. Realmente, apenas si pudo distinguir el rostro crispado del abogado, casi pegado a él.

De modo que se fue a revisar su escondite. Cuando volvió al lado de los otros empuñaba una corta barra de hierro.

—Es todo lo que encontré, espero que nos sirva para defendernos si esos discípulos del diablo se presentan aquí. En cuanto a la casa,, está en ruinas en su parte posterior. Para sorprendernos por ese lado habrán de escalar una montaña de cascotes.

—Vendrán —musitó Patricia—, Aunque no haya traicionado a mi pueblo, vendrán a por mí...

—Estás diciendo tonterías. Háblanos de ese hombre que desencadenó esta maldición.

—Llegó nadie sabe de dónde. Era un hombre fuerte, con ojos de alucinado. Reconstruyó la casa de la colina y la pintó de negro. Desde que se instaló allí empezaron a suceder cosas misteriosas. Hubo quien dijo que invocaba a Satán, que celebraba misas negras y que tenía tratos con el infierno. Un día, se supo que pretendía el poder del diablo mediante sus conjuros...

—Siempre existieron dementes que creyeron en sus propias patrañas.

—El era diferente. Tenía poder. Una noche, la última noche en que se le vio vivo, algo debió hacer en sus diabólicos conjuros que escapó incluso a su control. Estalló una espantosa tormenta y los rayos crepitaron toda la noche. Uno cayó sobre la Casa Negra... todos lo vimos desde el pueblo. El rayo cayó sobre la casa con una llamarada espantosa que convirtió la noche en día...

—¿Y qué?

—Después de esa noche nunca volvió a saberse nada de él. Y cuando los hombres, a la mañana siguiente, subieron a la colina para ver los desperfectos del terrible relámpago, no pudieron descubrir ni un rasguño en toda la casa. Estaba intacta.

—Bueno, el rayo debió caer detrás de ella, no encima.

—Todos vimos cómo caía sobre el tejado, cómo se alzaba una columna de humo. No, señor. Cayó encima de la casa y no dejó ninguna señal. Pero aquel hombre siniestro desapareció sin que jamás volviera nadie a saber de él. Aquella noche era en la misma fecha que la de hoy.

—¿Quieres decir qué en el aniversario del rayo reviven los muertos?

—Sólo los de la cripta de la casa. Siempre estuvo maldita.

Flowers rezongó:

—Eso es una sarta de insensateces.

—Usted vio a uno de esos engendros del infierno, ¿reo es verdad?

—Bueno, cierto que lo vi, pero todo lo que acabas de contarnos... Puede existir una explicación racional a semejante misterio.

—Mo la hay. Y si comprendieran el alcance del poder que impulsa a esos monstruos diabólicos, sabrían que nuestra única esperanza de salvación es huyendo del pueblo.

Evelyn balbució:

—Creo que ella tiene razón, Bob. Me siento como atrapada en una ratonera.

—James también pensó que echando a correr se salvaría, y todos le oímos gritar. Nadie grita de ese modo excepto si ante él se abre el mismo infierno.

—¡Pero ellos nos encontrarán! —insistió Patricia.

—Hay algo en todo esto que me tiene intrigado. ¿Por qué James te encerró precisamente en aquella casa?

—Porque es la más sólida de cuantas hay abandonadas, Tiene rejas en las ventanas, y una puerta fuerte...

—Ya veo.

Flowers indagó:

—¿En qué está pensando?

—En algunas de las cosas que nos ha contado esta chica... y no me gustan en absoluto. Ella nos ha dicho que las gentes de este condenado lugar, cuando llega esta noche, procuran tener a alguien prisionero, alguien que no sea de aquí, para aplacar a esos engendros del mal, o lo que quiera que sea.

—Es cierto, recuerdo que nos lo ha contado.

—Bien, a ella, James la encerró en ese caserón porque era el más seguro de cuantos están desiertos. Y se me ocurre que los retorcidos habitantes del lugar deben necesitar un sitio así para sus rehenes. ¿Mo le parece, abogado?

—Entiendo lo que quiere decir. Esa damita nos ha mentido...

Patricia se echó atrás en la oscuridad.

—¡No! —gimoteó—. Fie dicho cuanto sé.

—Excepto en una cosa, pequeña. Te pregunté si había alguien más en aquella casa y dijiste que no.

—¡Y era cierto!

—No lo era, ahora me doy cuenta. Han desaparecido un hombre y una mujer aquí y ahora podemos estar casi seguros que los apresaron esos aterrorizados bastardos, para ofrecérselos en bandeja a los muertos de la colina. Han debido tenerlos encerrados todos estos días..., ¿y dónde mejor que en ese caserón?

Patricia dejó escapar un quejido. En la oscuridad, Lester la atrapó de un zarpazo y acercándola a sí mismo gritó:

—¿Estaban allí o no, maldita sea?

—¡Suélteme...!

—¿Estaban en aquella casa?

—¡Sí!

Evelyn ahogó un sollozo.

Flowers maldijo en voz alta, y Lester gruñó:

—Debí pensar antes en esta posibilidad. ¿Por qué mentiste? Tú conocías el destino de esas personas.

—¡Tienen que encontrar a alguien o nada les detendrá!

—Tienes el cerebro tan retorcido como el resto de habitantes de este agujero. Habéis retrocedido en el tiempo y el espacio, llegando a ofrecer víctimas humanas a un sacrificio estúpido e inútil...

Se levantó, furioso, conteniendo sus deseos de abofetear a la muchacha.

Flowers dijo:

—Salir ahora es un suicidio, Lester. No sabemos cuántos de esos seres hay vagando en la niebla, y va vio lo fácil que les resulta dominar a un hombre normal. Fue como si me hipnotizara...

—Si Paul está en aquella casa es preciso salvarlo. Y su dienta, ¿recuerda? Porque estaban los dos allí, ¿no es cierto, estúpida?

—Sí..., pero hay dos mujeres junto a Paul. Todos atados, sujetos a la pared y amordazados.

—Debería matarte. Siento que podría olvidarme de mi condición de hombre civilizado y... Pero eso no nos conduce a ninguna parte. ¿Cree que podrá cuidar de ellas, Flowers?

—Por lo menos lo intentaré.

Evelyn se levantó de un salto.

— ¡No vayas, Bob! —Sollozó—, A estas horas deben haberlos descubierto...

—Se trata de tu hermano, querida. Y de dos mujeres indefensas. Alguien tiene que echarles una mano y yo soy el más indicado para ello, como policía.

—Entonces, iré contigo.

—Ahí te equivocas. No quiero tener que cargar contigo si te desmayas en un momento de apuro. Te quedarás aquí y los tres guardarán silencio hasta mi vuelta.

Ella se abrazó a él desesperadamente. En la oscuridad, Lester encontró su boca y la besó larga, ansiosamente.

—Confía en mí —dijo en un susurro—. Mi oficio es luchar, ¿recuerdas?

—Pero con hombres, no con esos monstruos sin alma...

—Cada enemigo requiere una pelea especial.

La apartó con suavidad. Estrechó la mano del abogado y tras esto se encaminó a la calle.

La humedad le hizo tiritar allá fuera. Agarrado a la corta barra de hierro, caminó apresuradamente tratando de orientarse en aquel mar gris en que estaba sumergido.

Había momentos en que debía tantear las invisibles paredes de las casas porque era incapaz de ver dónde pisaba.

Recordaba más o menos la ubicación de aquella casa, sin embargo, encontrarla en esas condiciones era una tarea poco menos que imposible.

No obstante, siguió avanzando lo más apresuradamente que pudo.

Su mano libre tanteó una pared chorreante de humedad. La pared formaba esquina y Robert se detuvo, dudando sobre el camino a seguir.

Entonces, surgiendo de aquella masa amorfa que lo engullía todo, una garra huesuda, de uñas afiladas como puñales, se cerró sobre su brazo.

CAPITULO XI

Dio un grito y se volvió, estremecido.

Vio la confusa silueta del sudario, el cráneo con restos de cabello y una cara corroída por la descomposición, de cuencas vacías que, sin embargo, parecían mirarle.

Volteó el brazo y descargó un salvaje golpe con la barra de hierro. La barra hundió aquel cráneo corno si hubiera sido de frágil cristal y la garra le soltó.

Pero en el mismo momento, otras dos cayeron sobre él, y una tercera intentó apresarle la garganta. Se echó atrás y las afiladas uñas abrieron profundos surcos en su cuello.

Descargó un golpe tras otro, al tiempo que giraba velozmente. Oyó el crujido de huesos al astillarse, el rumor de los cuerpos al caer al suelo y los golpes del hierro contra la pared, cuando fallaba su objetivo.

Luego, de pronto, se encontró libre. Temblaba. Sentía deslizarse su sangre por el cuello y la cara donde otra zarpa le había arañado ferozmente.

Corrió pisoteando aquellos despojos. Temía que el pánico pudiera dominarle, porque entonces dejaría de actuar con cordura.

Volvió a detenerse poco después, escuchando con todos sus sentidos.

Y entonces oyó el grito. Fue apenas un débil quejido, una voz ahogada por una mordaza, o una de aquellas zarpas. Pero era una voz de mujer que le orientó en camino. Echó a correr sin preocuparse del ruido de sus pasos en los guijarros de la calle.

Casi sin darse cuenta encontró la casa que buscaba. Dentro de ella oyó un sordo rumor, un apagado jadeo, y el seco entrechocar de huesos como ya oyera antes.

Llegó al portal y trató de penetrar las tinieblas con su mirada desorbitada.

Había frenéticos movimientos allí dentro, pero era imposible distinguir nada en la oscuridad.

Cruzó el umbral y se quedó a un lado, la espalda contra la pared para que no pudieran sorprenderle por detrás. Entonces encendió una cerilla y levantándola en alto, miró, hacia donde se producían los rumores.

Ni siquiera con todo su dominio pudo evitar el grito de horror que escapó de su garganta.

Había cinco o seis de aquellos seres del infierno, chapoteando en un enorme charco de sangre, pisoteando los restos de un ser humano que parecía haber sido devorado por fieras hambrientas.

Los cuerpos cubiertos de sangre, desnudos, de dos mujeres, casi desaparecían bajo la informe masa de los podridos sudarios. Una de ellas estaba muerta sin duda, pero la otra aún alentaba y su mirada que ya no era de este mundo giró hacia la luz en un último esfuerzo, en una última ■ súplica...

Después, ella también desapareció aplastada por aquella orgía de sangre, por aquella masa diabólica entregada al más salvaje rito del infierno.

La cerilla le quemó los dedos y la dejó caer al suelo. Sentía una profunda náusea, unos deseos irreprimibles de huir, de gritar como una mujerzuela...

No obstante, se obligó a encender otra cerilla. Vio agitarse las piernas de la muchacha viva y luego quedar inmóviles, bajo la masa demencial de monstruos en descomposición.

Avanzó a trompicones. Fijó en sus retinas la situación de aquella pesadilla, y sin más comenzó a voltear la barra de hierro, machacando, aplastando cuanto encontraba a su alcance.

Notaba resbalar los pies en la sangre y los restos del hombre despedazado y luchaba por no pensar, por cerrar su mente a todo lo que no fuera golpear y golpear una y otra vez.

Al fin retrocedió y prendió otra cerilla. El espectáculo resultó excesivo incluso para él, porque al horror se anteponía la náusea, el asco ante aquella depravación que parecía haberse prolongado más allá de la muerte.

Pero los horrendos espectros estaban desperdigados por el suelo y en un incontenible acceso de furor se lanzó a seguir machacándolos hasta quebrar los últimos huesos.

Se volvió, salió a la niebla y al frío y apoyándose en la pared, vomitó, casi sollozando.

Pensaba en aquellas dos mujeres, desgarradas, ultrajadas y sangrantes en un abismo de horror inenarrable.

Y en el horrendo final del hombre también. Había visto lo suficiente para saber que había muerto devorado...

No comprendía nada. No quería comprender, pero un odio tan insano como la misma naturaleza de aquellos seres del averno se apoderaba de él.

Caminó alejándose de aquella casa. Sabía que podía vencerlos, pero cuando cayeron sobre él de repente, sin que hubiera oído ningún rumor, el pánico casi le paralizó.

Las uñas desgarraron de nuevo su piel. Una fuerza inaudita pugnó por derribarle, y repentinamente sintió en el brazo la salvaje mordedura de unos dientes afilados que atravesaban incluso las ropas.

De nuevo hubo de luchar ferozmente, apenas sin ver, aullando como un loco a cada golpe, oyendo su propia voz como único sonido vivo muriendo en la niebla.

Gritó como nunca antes había gritado, dominado por unas fuerzas primitivas que parecían brotar de lo más profundo de sus entrañas, como devolviéndole al principio de los tiempos.

Se había librado de los tres enemigos y aún continuaba golpeando, oyendo el quebrarse de los huesos a su alrededor.

Pudo alejarse al fin del revoltijo pestilente que quedaba en la calle. Todo el poder de aquellas cosas sin vida y sin nombre residía en el terror, en la paralización por el pánico, en el influjo sobrenatural que se desprendía de sus pupilas vacías, hondas como negros abismos.

Ahora lo comprendía, y esa comprensión abría el camino de la esperanza.

Podrían abandonar el pueblo si estaban dispuestos a pelear sin tregua,...

* * *

Los salvajes gritos de Lester llegaron amortiguados por la niebla y la distancia hasta el escondrijo de Flowers y las mujeres.

Patricia se puso rígida y Evelyn ahogó un sollozo. —¡Es él! —gritó, levantándose de un salto.

El abogado la atrapó, impidiéndole precipitarse a la salida.

—¿Qué cree usted que conseguirá saliendo de aquí? Lester sabrá defenderse si se encuentra en un apuro.

—¡Le matarán! —Patricia habló con voz histérica, fuera de sí—. Oí contar lo que hacen con sus víctimas..,, le devorarán...

Evelyn lanzó un alarido y se debatió entre las manos del apurado Flowers.

Este la sujetó con todas sus fuerzas.

—¡Estese quieta! ¿Pretende que la atrapen a usted también?

Patricia pasó por su lado como una exhalación. El abogado rugió:

—¡Deténgase, loca, vuelva aquí!

Ella ya había desaparecido.

Evelyn dejó de debatirse. De pronto se quedó sin fuerzas y el abogado hubo de sostenerla para que no se desplomara al suelo.

—¡Esa estúpida... aquí aún tenía una posibilidad, pero allá fuera...!

—Bob... ¡Oh, Dios mío!

—Cálmese. Le oímos gritar, pero no parecían gritos de dolor, sino de furia. Su marido es un luchador, señora. Volverá.

—El..., él no es mi marido.

—¡Cuernos! ¿Importa eso ahora? Sólo piense que volverá y todo irá bien. Quien va a verse en apuros será esa loca...

Patricia corría como una gacela asustada calle abajo. Pensó que si podía llegar al puerto y saltar a una de las barcas aún podría huir, remando mar adentro hasta que amaneciera.

Ni siquiera sentía el frío en su cuerpo, desnudo bajo el tosco camisón de lino. En realidad, no sentía nada, como no fuera la urgencia de huir.

La calle descendía en pronunciada pendiente. Llegó a una curva, más allá de la cual estaba el último tramo que terminaba en el muelle.

En la esquina, algo sujetó la oscilante tela del camisón.

Ella forcejeó. Las zarpas se afianzaron en su presa, y otras huesudas manos salieron de la niebla, inmovilizándola.

Por primera vez, Patricia vio junto a la suya, las caras roídas de los seres surgidos de la muerte. Rostros tenebrosos en su horrendo significado que parecía penetrarle hasta el tuétano con su poder.

Hizo un último y desesperado esfuerzo, aullando, rugiendo como una bestia atrapada en un cepo.

Por un instante creyó que podría salvarse, cuando al desprenderse del

camisón se vio libre y fuera del alcance de las zarpas que se habían quedado con la burda prenda de noche.

Dio un traspié, chillando igual que loca. Antes que recobrara el equilibrio la atraparon de nuevo, y ahora sintió en su cuerpo el dolor de las desgarraduras, porque las uñas de cada mano se clavaban en su piel como cuchillos.

Se debatió aún, pero eran demasiados y se sintió aplastada bajo su peso. La derribaron sobre el chorreante suelo, y el dolor fue más feroz que el pánico.

Sintió, correr su propia sangre por la piel, y luego el fuego del infierno ardió en sus entrañas como una atroz desgarradura, matándola poco a poco, entre horrendos espasmos, entre el más absoluto silencio, porque ya no le quedaba voz, porque apenas le quedaba vida...

CAPITULO XII

Surgieron como si se desprendieran de la niebla que se colaba por el hueco de la puerta.

Evelyn dio un grito y se apretujó contra el abogado.

Flowers sintió una oleada de pánico. Vio cómo los tres seres infernales titubeaban, cual si les costara orientarse.

—¡Son ciegos! —susurró—. Se orientan por los ruidos...

—¡No deje, que me toquen...!

—¡Cállese!

Intentó cambiar de posición, pero sus pies y los de la muchacha hicieron suficiente ruido para que ellos girasen en su busca.

—¡Malditos, malditos engendros de Satanás! —barbotó.

Tanteó en torno. Había cascotes por todas partes, pero nada que pudiera servirle como arma.

Agarró una enorme piedra y sin pensarlo dos veces la tiró con todas sus fuerzas.

Acertó al más próximo, derribándole de espaldas aparatosamente. Pero luego le vio cómo se levantaba sin un sonido, sin una queja, a pesar de que la piedra le había hundido el escuálido pecho...

Empezó a retroceder, llevando a Evelyn consigo. Cuando su espalda golpeó una pared supo que aquello era el final.

Soltó a la muchacha y murmuró:

—No deje que la atrapen, Evelyn. Golpéelos con piedras si puede, pero sobre todo no se rinda sin lucha..., ya vio que Lester podía vencerlos.

—¡Pero él no está aquí...!

—Eso no me hace ningún favor a mí —gruñó el abogado.

Arrojó otra piedra, tan grande que hubo de emplear las dos manos. Oyó el crujir de los huesos cuando el pedrusco aplastó las piernas de uno de los muertos vivientes. Quedó unos instantes tendido en el suelo, pero luego empezó a arrastrarse hacia ellos de nuevo, sus manos como garras afiladas tendidas amenazadoramente.

Flowers tanteó en busca de otro proyectil. Un gran pedazo de cascote le sirvió, de modo que levantándolo, aplastó aquella cabeza descarnada que reptaba hacía él.

El monstruo quedó inmóvil, pero los alaridos de Evelyn subieron de tono hasta dañarle los oídos.

Se revolvió. Los otros dos ni siquiera se preocupaban de él. Habían atrapado a la muchacha entre sus manos y cuando el abogado saltó enloquecido contra ellos acababan de derribarla al suelo.

Agarró a uno, apartándolo de la muchacha. Sintió clavársele las uñas en la cara. Casi le cegaron. Luego, se dejó caer sobre aquella pestilente criatura y fuera de sí le aplastó la cabeza contra el suelo. El cráneo pareció reventar y

una masa oscura se esparció en torno, nauseabunda hasta un extremo increíble.

Oyó de pronto un violento ruido en la puerta y se volvió.

La alta silueta de Lester surgió de la niebla, enloquecido porque había oído los gritos de Evelyn.

—¡Apártese! —bramó.

De un salto estuvo al lado del monstruo que había conseguido derribar a la muchacha. Lo atrapó por el cuello y tiró hacia arriba, descargándole un terrible golpe contra el costado. Casi lo partió en dos, y soltándolo siguió desmenuzándolo a cada golpe hasta que el propio Flowers le sujetó violentamente.

Se miraron los dos, como ajenos uno al otro.

—¿Qué diablos le dio, Lester?

—Mo lo sé..., creo que perdí la razón. ¿Dónde está Patricia?

—Huyó. No pude detenerla, porque estaba muy ocupado evitando que su amiga la siguiera.

—Debieron atraparla, porque me pareció oír gritos en dirección al puerto.

—¿Qué hacemos ahora? No creo que queden muchos más de esos bastardos...

—Se me ocurrió viniendo hacia aquí. Patricia debió pensar en huir por el mar. Eso es lo que haremos, saltar a una barca y alejarnos.

Tomó a Evelyn en brazos y ella se abrazó a su cuello hipando histéricamente.

Pero de pronto le espetó;

—¿Qué encontraste en aquella casa, no viste a Paul?

—Sí. le vi.

—¡Bob!

—Está muerto, querida. Lo siento. Si Patricia hubiese hablado a! principio habríamos podidos salvarlos a todos. A él, y a las dos mujeres...

—¿Qué fue lo que sucedió en aquella casa? —saltó el abogado, intrigado.

—Nada. Sólo estaban muertos, eso es todo.

—Comprendo...

—Vamos.

Se hundieron de nuevo en la niebla. En el aire inmóvil parecía flotar el hedor de la muerte, y el olor inconfundible de la sangre que se había vestido en una demencial orgía sin nombre.

Nadie se interpuso ya en su camino. Las frágiles embarcaciones se mecían al compás de las olas, apenas visibles en las tinieblas.

Remaron suavemente alejándose del muelle con rapidez.

Cuando cesaron de remar para tomar aliento, Evelyn sollozaba desconsoladamente. Lester gruñó:

—Juro que volveré con todo el peso de la ley, y esas gentes pagarán todas esas muertes. Pagarán por su miedo, por haberse aferrado a un lugar maldito a costa de la sangre de inocentes, sacrificados tan bárbaramente como eran

sacrificados hace miles de años, en honor de unos dioses bestiales que sólo exigían ríos de sangre...

—Estoy seguro que lo hará usted. Pero ¿quién extinguirá lo otro, el horror de una noche al año, de otras noches como la de hoy?

—Eso, amigo mío, no lo sé. Ojalá lo supiera...

Volvieron a manejar los remos, dejando detrás una estela invisible, un mundo de horror, un pedazo de infierno que por algún extraño misterio había surgido a la tierra, y un pueblo sumergido en el más tenebroso espanto y en la roja orgía de la sangre.

FIN